

La Esfera

Año I * Núm. 9

Precio: 50 cénts.



RETRATO AL ÓLEO, por Llaneces



Preservaos del polvo y del
 humo que estropean el cutis usando
 diariamente Jabón
HENO de **PRAVIA**
 y **POLVOS VICTORIA**

Año I

28 de Febrero de 1914

Núm. 9

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



DIBUJO DE GAMONAL

D. JUAN PEDRO ALADRO KASTRIOTA
Pretendiente al Trono de Albania, que ha fallecido en París recientemente

Aladro era español, natural de Jerez de la Frontera, y sus pretensiones de reinar en Albania las fundaba en ser descendiente de Jorge Kastrioti Skandenberg, agente diplomático que fué de España en Hoog, y que luchó contra el dominio que Turquía ejercía sobre Albania. Sus aspiraciones hallaron excelente acogida en el pueblo albanés, que vió en él su salvador, y le consideró como su legítimo príncipe. Su muerte ha coincidido con la ocupación del Trono de Albania por el príncipe de Wied

DE LA VIDA QUE PASA
LA VOLUNTAD ALEGRE
 (DOLORA EN PROSA)

ESTÁ D. Ramón de Campoamor desde hace algunos días sentado en un banco del Retiro que inútilmente trata de aumentar en metro y medio la altura de su gloria. Es muy probable que si viviera aún, D. Ramón prefiriese alargar sus paseos hacia otros rincones menos ostentosos, por no verse en estatua. Pero desde la región de los inmortales, donde mora, no dejará de agradecerle al municipio de Madrid este amable recuerdo que le permite seguir filosóficamente el curso del sol y el de las modas femeninas. Una sonrisa del rubio Apolo y un rayo furtivo que los ojos de Rosa, Rosalía ó Rosaura—las de carne y hueso—le asesten al pasar, bastarán para hacerle feliz. Fué un sibarita Campoamor. Amó la naturaleza civilizada, la pasión sin trastornos irreparables y su pesimismo tiene un corte aristocrático muy semejante al de aquellos sabios y benévulos confesores de nobles damas, que ya van desapareciendo. Puede que todavía acuda la última feligresa á contarle pecados que ella juzgará inéditos. De seguro que alguien detendrá el paso para darle compañía y sentará en el banco más próximo, llevando en la mano su ejemplar de las *Doloras* ó de los *Pequeños poemas*. Porque este D. Ramón de Campoamor no es de los «que han pasado». Hay estatuas-mausoleos. En ellas se entierra una

fama, un nombre; se inmortaliza lo que fué. Si D. Ramón supiera que la suya pertenecía á este género de cristalizaciones de ideas muertas, cuando fuéramos á verle una mañana, nos encontraríamos en el monumento su banco vacío. Y como Campoamor era bueno, lo más bueno que puede ser un hombre cuando goza del triple bienestar que proporcionan la popularidad, la fortuna y la soltería, quiero dedicarle una dolora en prosa que he encontrado en la calle y que escribiré sin miedo, acordándome de una frase aplicada por él mismo en su *Poética* á la oración gramatical y digna de mayor alcance: «Semejante á la misteriosa hija del gran rey *toda su hermosura nace del interior*».

Mi trabajo me lleva con demasiada regularidad hacia una gran plaza que ya no está hoy como en los tiempos de D. Ramón de Campoamor; pero que tiene todavía su embozado de bronce, sus bellas acacias y sus alimañas nocturnas. ¡Qué dolora además de ésta podría escribir yo, sólo con ser sincero, si expresara los distintos sentimientos con que llego una y otra noche á esa gran plaza fronteriza de los barrios bajos donde me aguarda mi deber! Muchas veces, al desembocar en ella, veo un corro de gente formando círculo y en medio una pobre mujer, una artista de aire doctoral y pedantesco, tocando lo mejor que puede el acordeón. Jotas, valeses, canciones nacionales ó exóticas, todo suena igual. Todo queda confundido, nivelado á la altura del corazón que lo interpreta, y si viérais la silla de tijera, el mantón en que se envuelve la artista, la bandeja de plomo que espera vuestra limosna ¿cómo había de sorprenderos la interpretación democrática de esa música hecha para poetizar los apetitos sensuales de un mundo lejano y elegante? Bailes, restaurants de moda, playas de lujo; Viena, París, la Costa Azul... En lugar de



D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

tan risueñas evocaciones, sale del acordeón una vaharada de melancolía. Algunas noches apretaríais el paso y huiríais de ella sonriendo. Es posible que otras veces fuera más fuerte que vosotros el maldito acordeón.

Pero aquí no se trata de mi dolora ni de la vuestra, sino de otra más humilde. Este era un niño que pedía limosna sentado en la acera, espalda á la pared. Ponía delante su gorrilla y á uno y otro lado las muletas, porque era cojo de las dos piernas. Aunque helara, aunque lloviera, aunque cayeran chuzos, allí estaba él, y aquellos días de frío que tú, lector, no habrás olvidado, le cogieron sin otro abrigo que una chaqueta rota, un harapo carnavalesco sobre la carne: mejor diré sobre los huesos indefensos. Por la noche, á las once estaba en su puesto. A las doce, á la una... Allí seguía.

Como para el filósofo, para mi pobre, todo lo humano era interesante y aun iba más allá porque le atraían los perros de la calle, los caballos de los coches de punto, las estrellas, las nubes... Podíais pasar á la hora más solitaria. Él hablaba siempre con alguien. ¿Con quién? Con un interlocutor ideal, con su sombra, y en el último caso, lector, contigo mismo. Hablaba alegremente. Y lo que decía, tenía la virtud de estimular el optimismo. Yo estoy seguro de que ningún funcionario público ocupa su sitio con la interior satisfacción que animaba todas las noches al cojito cuando tendía sobre las losas de la acera su tabanque, su gorra y sus muletas ¡Si! La calle era suya y sus risas, sus llamadas, saludos y cómicas increpaciones eran otros tantos actos de posesión. ¿Quién iba á disputársela? De día el espíritu de la calle podía encarnarlo cualquier tendero. De noche, cuando duerme la farsa de la vida vulgar, el espíritu de la calle lo encarnaba él. Muchas veces, á primera hora, el

cojito se deslizaba tres ó cuatro casas más abajo del sitio habitual, hasta la esquina y desde allí disfrutaba su concierto de acordeón. Luego cantaba á su manera lo que iba pegándose al oído. Pero ¿cual era su manera? ¿Cómo traducía él al canto de los pájaros y de los chicos de la calle aquellas melodías falsificadas?

—He aquí—me decía yo al pasar, en noches de depresión moral—un ejemplo mágico, un divino ejemplo. Te lo da este pobre muchacho que pide limosna á la intemperie, cojo, raquíptico, abandonado; pobre de todo, menos de espíritu. Tiene el Arte una prodigiosa alquilara por donde las penas vulgares, depuradas, clasificadas, van convirtiéndose en canción. Pero este arte espontáneo que convierte las realidades miserables en alegría, vale mucho más, no lo ha aprendido nadie; nadie se lo infunde. Lleva él dentro una lucecita que ilumina su pequeño mundo con risueños colores y que no pueden apagar los vientos de la calle.

A título de honorarios por esta lección al aire libre yo no podía darle al cojito sino unas monedas de cobre, que acaso hubieran disgustado á los teorizantes sobre la mendicidad.—Era ya muy entrado el invierno. Vinieron aquellos días rigurosos, crueles; el termómetro bajo cero; lluvias, escarchas; por último, la nieve... El niño aguantó una noche y

otra. Al fin, la nevada le auyentó y ya durante más de quince días no volví á verle. Era la época en que el invierno madrileño acomete sin piedad á los enfermos y á los desamparados. ¡Invierno sin corazón; invierno asesino! ¡En otras latitudes, purificas y respetas la vida envolviéndola en pieles y paseándola sobre novelescos trineos. Aquí vienes como enemigo encubierto bajo la leyenda del bello sol y no traes más que tu guadaña!

A los quince días llegaba el cojito otra vez á su oficina. Se instalaba... La gorra... Las muletas... Pero había estado muy enfermo; tenía accesos de tos y le faltaban ánimos para cantar. ¿Quién apagó la lucecita mágica? ¿Quién era culpable de que hubiese saltado el resorte de *la voluntad alegre*? Un soplo de viento. Y detrás del soplo de viento ¿quién? Aquella noche le hablé para preguntarle cómo se llamaba y para quién pedía. Me dijo que le daba el dinero á un hombre que no era su padre, pero que le tenía en su casa desde pequeño. Y me dió el nombre y las señas que apunté con lápiz en el sobre de una carta. Aquel niño ronco, grave como un hombre, acurrucado al abrigo ilusorio del quicio de un portal, no era ya espíritu... ¡Era una dolora!

¡Voluntad! ¡Voluntad alegre! ¿De qué nos sirve la voluntad, si estamos á merced de tantas cosas? Desde aquella noche el niño no ha vuelto á ir. Quiero creer que ha cambiado de sitio como un pájaro cambia de árbol y que no es definitiva la marcha de este compañero. He buscado la carta con el nombre y no la encuentro por ninguna parte, de modo que al héroe de mi Dolora no le falta, para ser campoamorino, ni siquiera la última burla de la fatalidad: el anónimo.

EL CARNAVAL EN NIZA



ENTRADA DE S. M. EL CARNAVAL EN LA POBLACIÓN

Como el aeronauta es la figura de actualidad, los organizadores del Carnaval de Niza han tenido la ocurrencia de personificar la aviación en un gigantesco "Pegaso", sobre el que aparecía caballero el Rey Carnaval, ataviado de guerrero helénico

EL PRESENTE DE LA FORTUNA



CÁMARA

Por un camino de abetos
marcha la loca Fortuna
En los árboles escuetos
pone sus besos la luna...

Al andar, deja sus huellas
cubiertas de lindas flores.
Cantan bajo las estrellas
los mágicos surtidores...

Va desnuda. Crencha de oro
cubre flotante su espalda.
Sujeta el rubio tesoro
con una fresca guirralda.

Vaga en sus labios bermejos
una hechicera sonrisa.
Desde los oscuros tejos
le habla, temblando, la brisa...

Llégase paso tras paso
al portón de una ciudad.
La luna, desde su ocaso,
la viste de claridad.

A la entrada del camino
que la escarcha espolvorea,
deja un bolso de oro fino
y dice:—El presente sea
para el que al venir el día,
salga al trabajo el primero...
¡Lúzcale la pedrería!...
¡Buena pró le haga el dinero!...

◇

Antes que el día naciera,
su majestad la Ironía



da vista á la carretera
blanca en la hosca lejanía.

Lleva como compañero
un hombre de torva faz,
que con su haldudo sombrero
no ha menester antifaz.

Tiende su mano nevada
la Ironía al duro suelo,
y entrega á su camarada
el bolso, que coge al vuelo.

Y canta al cabo en voz baja
junto al lóbrego portón:
—¡Pronto saldrá el que trabaja,
pero antes salió el ladrón!...

Ríe la Ironía, andando
con leve crugir de sedas,
á cuyo son va contando
el bandido las monedas...

◇

Sus perlas pone el rocío
en las hierbecillas yertas.
Los pájaros, bajo el frío,
sueñan en las ramas muertas...

Por la tierra productora
marcha la loca Fortuna...
Para que surja la aurora
muere la pálida luna...

José A. LUENGO

LA ESFERA

MARRUECOS PINTORESCO



UNA CALLE TÍPICA DE TETUÁN

FOT. ALONSO

EDIFICIOS HISTÓRICOS DE BARCELONA
LA CASA LONJA DEL MAR

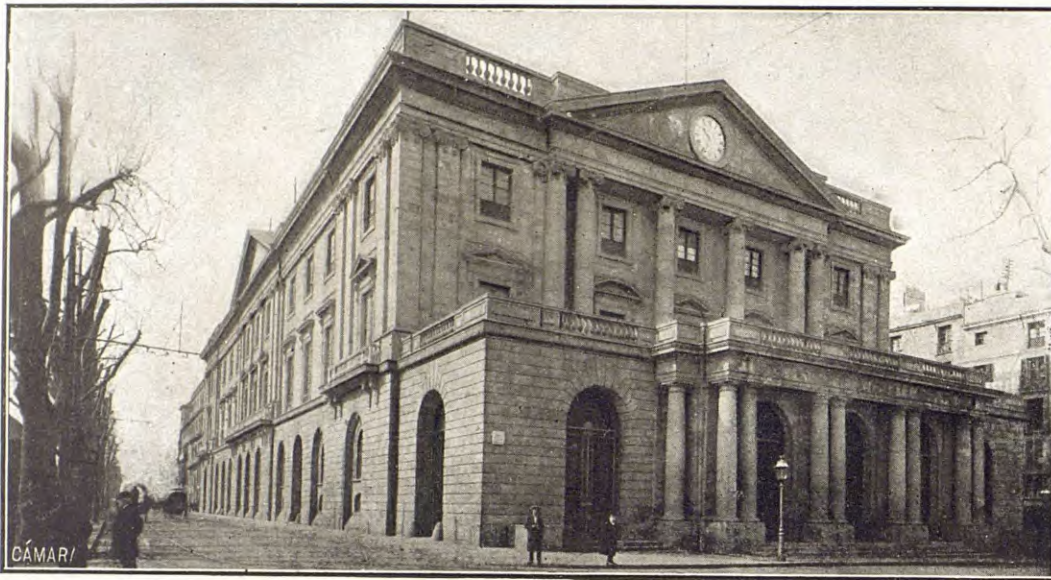
Y a en el siglo xiv existía en España la casa Lonja del Mar de Barcelona, célebre por el cúmulo de contrataciones que en ella se verificaron.

El edificio de la actual Bolsa de Barcelona, comenzó a construir en el año 1772, sobre el emplazamiento de la antigua Casa Lonja del Mar, suntuoso monumento del siglo xiv, anterior a las lonjas de contratación que fueron creándose en Perpiñán, Valencia, Burgos, Sevilla, Zaragoza, y Bilbao.

Fue predecesora también de la que en Madrid se creó por iniciativa del Rey Felipe IV, quien, aleccionado por las facilidades que la de Barcelona daba al contrato y la animación con que impulsaba las transacciones, mandó que se estableciera en la capital del reino, por cédula de 9 de Febrero de 1632. Sin embargo, fue tan poco lisonjero el éxito de tal empresa, que mejor puede clasificarse de mera tentativa, pues a pesar de las órdenes de Felipe IV, y de que las cédulas, decretos y mandatos al objeto de crear esa *Bolsa nacional*, fueron rellenos los estantes de los archivos del Estado, hasta el año 1831, puede decirse que no hubo en la Corte una *Bolsa* oficialmente constituida; y aun esto no fue definitivo, pues anduvo la reunión de contratistas divagando desde el café antiguo del Espejo hasta la casa de Filipinos en la calle de Carretas; y de ésta a los claustros de San Martín, y a la iglesia de los Basílios y a la nave de la de Vallecas. En 1850 quedó instalada en el edificio de la plaza de la Leña, reconstruido en 1873, hasta que una ley de 30 de Julio de 1878, dispuso, esta vez definitivamente, la creación de un edificio propio, que es el que se alza en la plaza de la Lealtad.

La Junta de Comercio de Barcelona, al encargar los planos del Palacio de la Lonja al arquitecto D. Juan Soler, allá por el citado año de 1772, mandóle que respetara íntegramente las columnas y arcos góticos y el primoroso artesanado que se había mantenido en pie desde aquella fecha medioeval. Puede decirse que lo que se hizo en el siglo xviii fue construir un estuche para encerrar lo que quedó del xiv.

Ocupa dicho edificio un área de más de 3.000



Vista exterior del magnífico edificio de la Lonja del Mar

metros y es una de las fábricas más soberbias de la Ciudad Condal, alzándose entre la plaza Palacio y las calles de Consulado, Paseo de Isabel y Capmany.

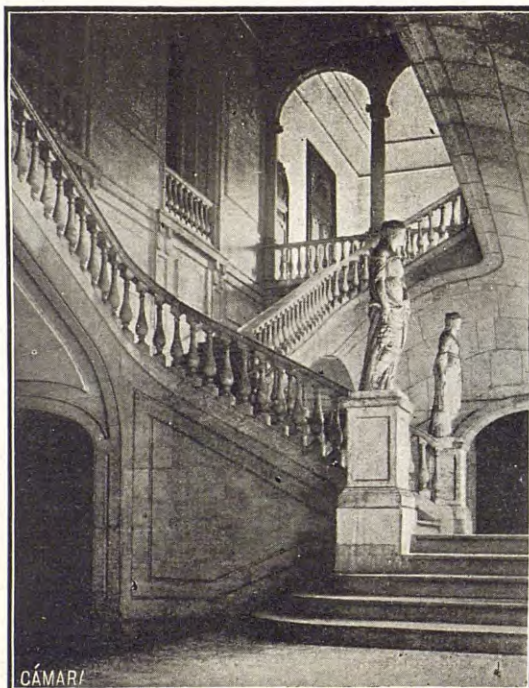
Sus cuatro caras, por la pureza de líneas y las proporciones de la gran mole rectangular que forma, pueden citarse como modelo de arquitectura neoclásica. La fachada principal, que da a la plaza Palacio, ofrece un cuerpo portical con cinco bóvedas elípticas, sostenidas por machones de cinco arcos, que decoran con sobriedad y esbeltez diez columnas toscanas pareadas, y termina con una espaciosa azotea balaustrada. Las restantes caras sobre el cuerpo inferior

almohadillado, presentan gruesas columnas y pilares jónicos sosteniendo soberbios frontones.

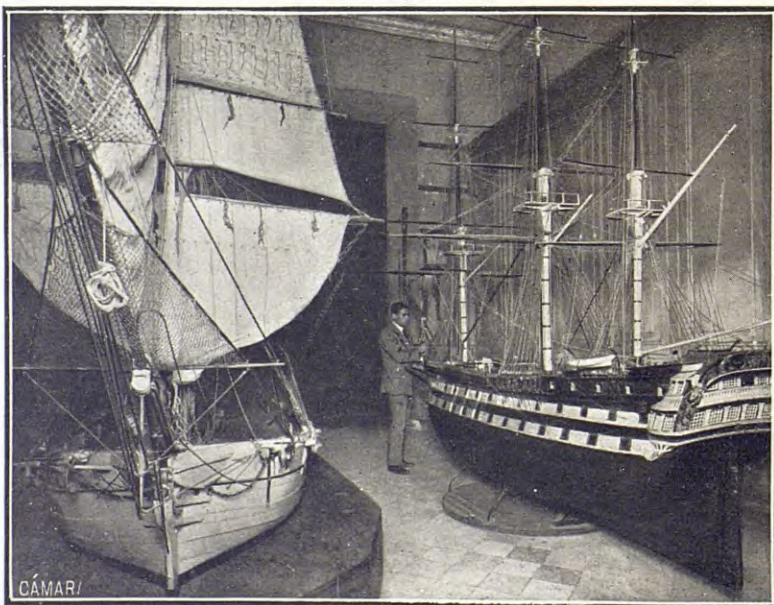
El interior del edificio, es también de refinado gusto. Las portadas dóricas del patio y las esculturas de Traver y Solá, Oliver y Cover, lo avaloran sobre manera. El salón de contrataciones, está cobijado por seis primorosos arcos, que sostenidos por cuatro magníficas columnas góticas, aguantan a su vez el artesanado y dividen el salón en tres vastas naves. En este salón se celebra el primer domingo de Mayo la fiesta de los Juegos Florales.

Aunque nos apartara algo de nuestro objeto, no dejaría de ser interesante una ojeada retrospectiva acerca de las vicisitudes por que pasó aquel centro mercantil, uno de los más antiguos de Europa. Mas para ello fueran precisos varios artículos como el presente y más erudita pluma que la mía. Diremos sin embargo, que durante los primeros años de existencia de la antigua Lonja (siglo xiv), dependió su funcionamiento de los Cónsules de Mar, entidad que durante algunos siglos disfrutó de autónomas prerrogativas, luego eclipsadas en mala hora. También estuvo bajo los auspicios de la Junta de Comercio, institución creada por Fernando VI en 1768. Y por último, el Estado ha acaparado su dirección, quitando a Barcelona aquel elemento de sello personalísimo, que tan ópimos frutos había dado al comercio, al florecimiento de la industria y al incremento de la navegación.

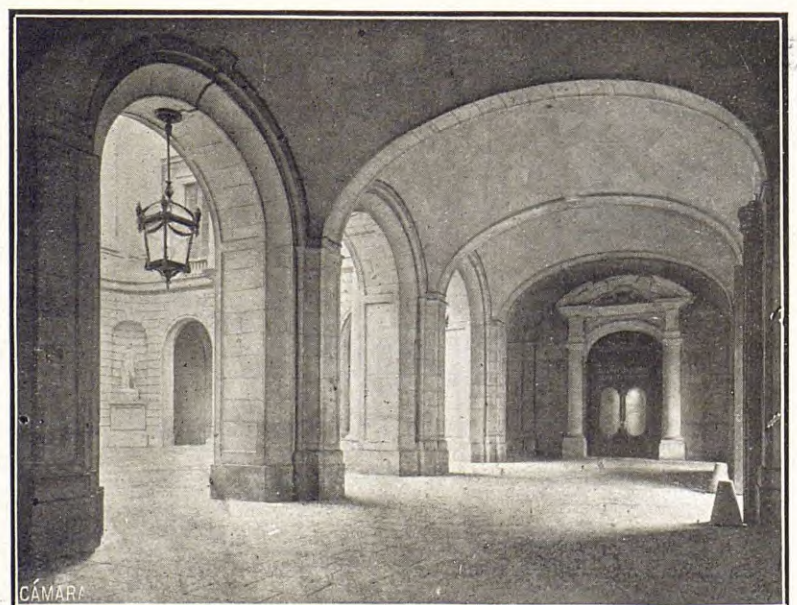
José M.^a DEU BERENGUER



Escalera principal del edificio



Una sala de la Escuela Náutica, establecida en la Lonja del Mar

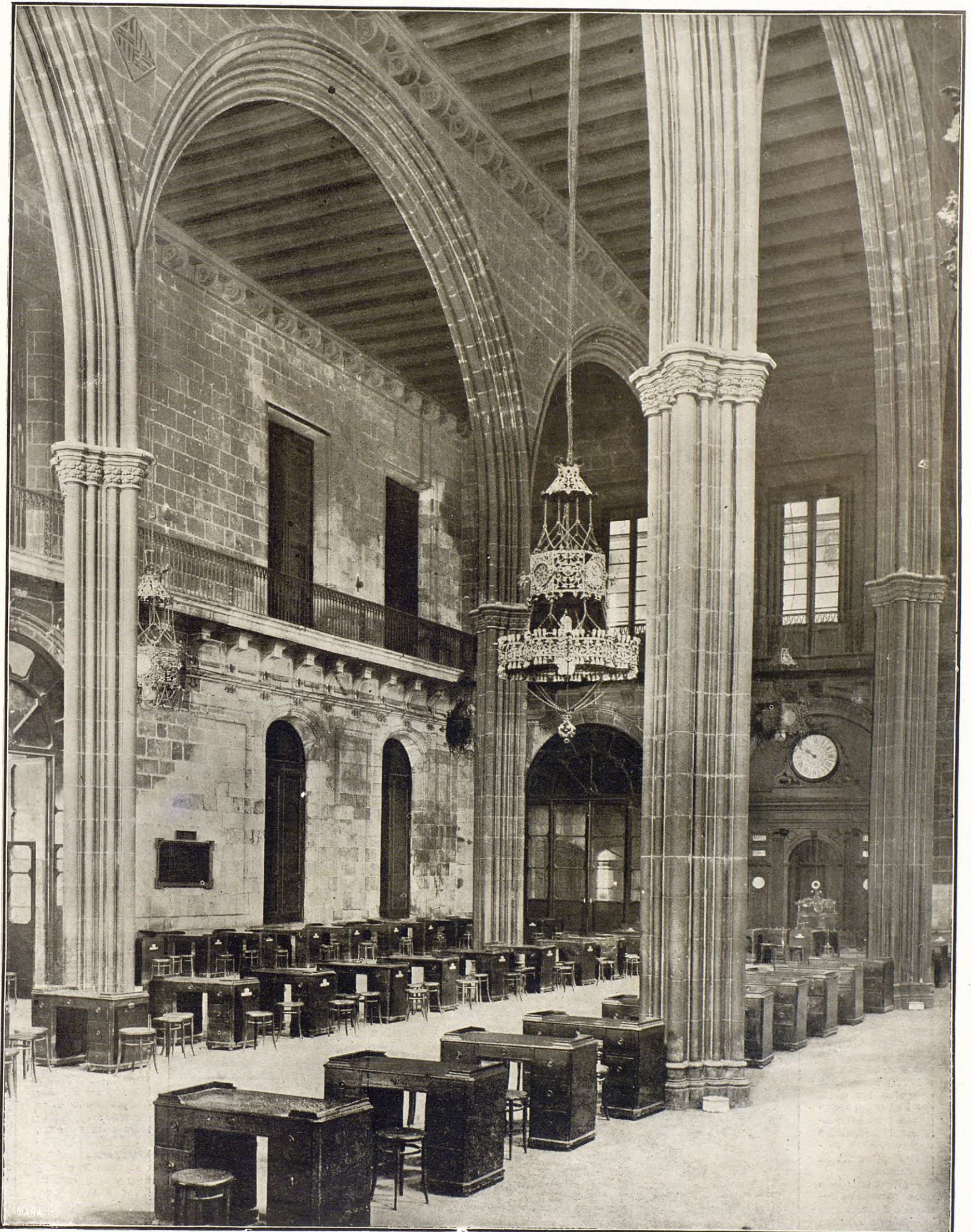


Galerías del patio y puerta del Colegio de Corredores

FOTS. BALLELL

LA ESFERA

LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



GRANDIOSO SALÓN DE CONTRATACIONES DE LA BOLSA DE BARCELONA, ESTABLECIDA EN LA CASA LONJA DEL MAR
FOT. BALLELL

CUEENTOS ESPAÑÓLES



LA CASA QUEMADA

EN Elche la oriental que triunfa de Efraím, con sus palmas, y evoca, por su paisaje y sus costumbres, el Hedjaz de Mahoma, hay un campo, donde los granados arraigan, y abren las higueras sus hojas y repletan los naranjos sus ramas. En Abril se cubren los árboles de flor. Una esmeralda es cada botón en las higueras, una gota de sangre, cada capullo en los granados, cada brote de azahar, un copo de nieve. El aire huele á incienso; música de amor tañen las ondas de la acequia; nupciales himnos cantan, entre matas y arbustos, los verderones y jilgueros; las hierbas cuchichean lascivamente en los bancales. La luz del sol cae sobre la tierra como una lluvia de oro; la de la luna como un polvo de nácar.

Cinturonean los frutales una planicie. De ella arrancan los muros de una casería que el incendio arruinó. Mordisqueados por la llama, los muros negrean. De un boquete, que fué ventana, descuelgan astillas á medio calcinar. Entre ellas se retuerce un clavo. Diríase que este clavo interroga.

Macizos de tierra, extendidos por la planicie y cubiertos de vegetaciones salvajes, hablan de algo que era jardín. Entre dos macizos blanquea la fábrica de un pozo. Una cadena pende de un soporte, cariado por la herrumbre. Junto al pozo se yergue una palmera. Su tronco, frontero á la casa, se dobla bruscamente hacia atrás, como estremecido por una trágica visión. En las noches oscuras los ojos del buho relampaguean tras las palmeras. Las lechuzas van y vienen chirriando por cima de las ruinas.

—¿Mira usted «la casa quemada»?— me dijo un labrador.
—Sí—le contesté.— Serán fanta-

sías, pero, cuanto más la contemplo, más imagino que esta casa ha de tener leyenda.

—No es leyenda. Es historia.

I

Eran los macizos del jardín canastillas de flores. Como plata brillaban el soporte que ascendía desde el algibe, la cadena de anchos eslabones y el cubo, á los eslabones sujeto. Los azulejos del brocal, despedían reflejos metálicos al choque de la luz. La casita enjalbegada con esmero, parecía un cubo gigantesco de sal. Sobre su blancura se abrían una ventana y una puerta de color verde claro. De la azotea á la ventana descendía una enredadera bordada de azules campanillas. En lo alto de la puerta campeaba una parra. Por entre sus hojas brincaban los gorriones.

En la casa vivían un matrimonio y un niño de seis años.

El marido, alto, cetrino, enjuto, de negros y celadores ojos, contaría veinticinco años; veinte la mujer. Era blanca, pálida, con esa palidez de pasión que caracteriza á las valencianas. Sus ojos verdes tenían pérdidas transparencias de ola. Su pelo era azuloso; flores de granado sus labios; sus dientes pétalos de azahar. A azahares transcendía su aliento. El talle tenía lo juncal; el seno alto; la cadera potente; aurea y calzada la nuca.

Hijo de los dos, el chicuelo de los seis años, alegraba el hogar con sus voces, el jardín con sus juegos, la acequia con el chapoteo de sus pies. Cuando reía, los pájaros asomaban por el ramaje sus cabezas curiosas y quedaban inmóviles, en planta de escuchar al chiquillo.

El padre se llamaba Nelo; la madre Roseta; el muchacho Tonet.

Además estaba el abuelo, el padre de Roseta. No habitaba con el matrimonio, pero casi todas las tardes iba al domicilio de su nieto, para recrearse con las diabluras de éste, echar un párrafo con Nelo, á propósito de las campesinas labores y embobarse mirando á su hija, la moza más guapa que—según su decir—topaban los ojos desde Santa Pola á Alicante.

El señor Chimo—nombre del abuelo—residía, dos kilómetros á distancia de la heredada, sin otra compañía que una sirvienta y un entre criado y jornalero—tan ancianos como él,— en una barraca, pintarrajada de azul.

Inútil fué que Nelo y Roseta le suplicaran una vez y otra y otra que se fuera á vivir con ellos. No quiso. Ni el nieto torció su negativa. Cada pá-



jaro en su nidal—replicaba el octogenario;— y en su nidal seguía, no obstante la parálisis que le agarrotaba las manos y los pies dejándole apenas movimiento. Apoyándose en un cayado y arrastrando las piernas podía caminar. Sus ojos permanecían jóvenes, reluciendo enérgicamente en su rostro de berebere, coronado de albos mechones.

Algunas veces paraba en la casería de Nelo á echar un trago de agua ó á encender un cigarro, Jaime, patrón de la más brava lancha que pescaba al *bou* en las aguas de Santa Pola.

Situada la finca, á medio camino, entre Elche y Santa Pola, servía de apeadero á Jaime. Amarraba éste su caballo á un árbol, echábase á ojos la gorra de seda con botones de nácar y, remetiéndolo sus manos en la faja de estambre, rebasaba la puerta. Si era apetecible la frescura, asentaba con el matrimonio bajo el ancho parral.

Hacia punta Jaime entre los buenos mozos de la marinería y era hábil en tañir la guitarra, maestro en cantares y conversador ingenioso para las gentes campesinas, fáciles á cualquier retórica. Murmurábase que, antes de Nelo, fué novio de Roseta. En ley de verdad, nunca, por lo menos á vista de personas, hizo cosa ó dijo palabra que permitieran sospechar en él resquemores del fallido noviazgo ó restos de amor por la ex novia. Tampoco en ella daba muestras el pasado de revivir. Hasta alguien paró mientes en que cuando Jaime iba á casa de Nelo y Nelo no estaba, se volvía desde la puerta, sin entablar con Roseta diálogo.

Veces había, ello no obstante, cuando Jaime parlaba con la *elchera* en que Nelo, cuidando no ser visto, ponía sus pupilas, recogíendolas contra los párpados, en el rostro del mozo; luego las giraba escudriñadoras para contemplar á Roseta. Fuera esto, ni con palabras, ni con obras dió señal de molestia por las visitas del patrón; menos hizo á su mujer requerimientos ó advertencias á propósito del asunto.

Muchas tardes, tras acompañar al joven hasta el árbol donde amarraba su caballo, le veía Nelo partir é iba siguiéndole con ojos tercos carretera adelante. Luego tornaba hacia el jardín, repeinaba con sus dedos la cabellera de Tonet, atrafale con fuerza á su pecho y, al cabo de una pausa, abría su navajilla podadora y limpiaba de ramas muertas los macizos.

Entre corte y corte, solía quedar pensativo, pasando y repasando el dorso de la mano siniestra por el filo de la navaja.

II

El negocio era provechoso y merecía la pena de emprenderlo, aunque ello significara un año de separación. Al cabo del año estaría bien vendido el esparto, á que obligaba la contrata y Nelo podría abandonar Orán volviendo á Elche con algunos billetes *de á mil*.

Bienestar presente y futuro le significaba el negocio. Mejor vida para su Roseta y más seguro porvenir para Tonet y para los hijos que cariño y tiempo aportaran. De suerte que Nelo aceptó las proposiciones. Aquella noche era la fijada para tomar la carretera de Alicante y embarcarse á bordo de un vapor que al amanecer haría rumbo á Orán.

Mientras Roseta que, con Tonet, acompañaría á Nelo en la *tartana* arreglaba el equipaje del marido, éste inclinándose hacia el señor Chimo, murmuró:

—Véngase junto al pozo, que hemos de hablar á solas, sin que nadie, más que las estrellas, escuche.

—¿Qué es?

—Allí lo sabrá.

—Andando.

Arrastrando los pies y apoyándose en la recia

cayada, llegó el anciano, seguido por su yerno, hasta el brocal del pozo. Sentóse con auxilio de Nelo, aguardó á que éste asentara junto á él y le dijo concisamente:

—Habla.

—Me voy; y me voy por un año. Grande fuera mi pena siempre; pero nunca tanto como ahora. Al irme llevo una sospecha engarfiada en el corazón.

—¿Cómo?... ¿Qué sospecha es la tuya?

—A nadie acuso, porque nada sé fijo. Oígame lo que quiero decirle. Usted es el padre de Roseta, pero es el abuelo de mi hijo, de Tonet. La honra de ese hijo, no es la mía sólo, es la de usted, la de toda la sangre de usted y toda la mía revueltas, que revueltas van las dos sangres por las venas del niño. Yo no estaré aquí, abuelo, para guardar esa honra. A usted le confío su guarda.

—Vé tranquilo—respondió el viejo, que se había ido deslizando por la fábrica del algibe, hasta ponerse en pie.—Vé tranquilo. Yo quedo.

En la noche, bajo el fulgor de las estrellas, la figura del señor Chimo, parecía más alta; en su cabeza destocada, relucían los ojos desafiadores, enérgicos.



III

Era cierto. Tras múltiples acechos, realizados con la terquedad del árabe, el viejo tuvo segura prueba de la traición de su hija.

Grandes fueron los disimulos y las artes empleadas por los amantes para ocultar su culpa. Celebraban sus entrevistas á las horas altas de la noche, cuando los seres y las cosas dormían, cuando las tinieblas desdibujaban las imágenes y Tonet, rendido por las travesuras diurnas, dormía con profundo y reparador sueño.

Entonces, á campo traviesa, evitando el paso por otros caseríos, llegaba á la de Nelo, Jaime. Arrastrándose por entre los macizos, acercábase á la ventana; abríase ésta, la saltaba el gallán, volvía la ventana á cerrarse y antes de clarear la aurora, mostrábase en Santa Pola el gallardo patrón, arreglando los aparejos de su lancha.

El viejo lo supo. Escondido en un cañaveral, vió deslizar á Jaime por el cauce fangoso de la acequia. No quedan huellas en el agua. Desde el cañaveral le vió; pegado al muro, poniendo su oído en la ventana, recogió cuchicheos que rubricaban la perfidia. Acaso, mezclada con estos cuchicheos, llegó hasta el anciano la respiración tranquila de Tonet.

IV

—Mira—decía el señor Chimo, conversando con su hija al pie del parral, en un mediodía de los fines de Agosto;—en cuanto caiga unas miasmas el sol, me llevo á Tonet. Hay en la higuera que enfrenta mi barraca, brevas maduras ya: ¡Algunas comiste de chicuela!... Quiero que esté

año las primicias sean para Tonet. De suerte que viene conmigo y esta noche se queda á dormir en mi casa. Mañana, de que sean las nueve, te lo traigo, con un cesto de brevas que te van á saber á gloria.

—¿Tonet, oyes al «yayo»?—preguntó Roseta al chiquillo, que jugaba cerca de ella.

—Y quiero irme con él. Las brevas del «yayo» son las más dulces y las más gordas que hay.

—No quede por mí. Vete.

A media tarde se despidieron el anciano y el niño. Una hora después, pasaba á caballo por frente de la casa, en dirección de Santa Pola, Jaime. Se detuvo sin apearse, saludando á Roseta que estaba al borde del camino. Ella dijo muy quedo:

—Esta noche puedes venir antes y marcharte después. El chico no vuelve hasta mañana. Estaremos solos. Adiós.

V

Era noche de obscuridad. Nubes anchas cubrían las estrellas; el aire callaba; las aguas de la acequia, corrían en silencio.

A las doce entró Jaime por la ventana. Dieron las dos en los relojes de Elche. Por entre las cañas se deslizó una sombra alta, rígida, fantasmal; llegó á la ventana y pegó el oído á sus rendijas. Un gran silencio reinaba en la vivienda. La sombra fué alejándose hasta llegar á un bosque de naranjos. Ocultos en él, estaban una mula y un niño. El animal traía á lomos haces de leña sarmientosa; el chiquillo, asentaba encima de un latón.

—Aguarda y no hables—dijo el que llegaba, al muchacho.—Aún no es tu hora.

Su voz sonaba húmeda, como si se mojase el llanto.

Descargó á la mula de los haces y uno á uno fué trasportándolos al pie de la casa. Rodeó con ellos los muros; tapiando la ventana, cegando la puerta hasta el dintel. Después amontonó sarmientos contra las vigas que sustentaban el parral. Todo lo hizo sin ruido, sin que un sarmiento restallase, sin que una astilla rozase la pared.

Terminada su faena, re-

torró al bosque de naranjos.

—Ven conmigo—dijo al muchacho.—Procura ir de puntillas, sin dar tropezones.

Y llegaron á la casa.

Alzando con sus dos brazos el latón, dió vuelta al edificio, deteniéndose de trecho en trecho. Hizo altos más largos en la puerta y en la ventana.

—¡A lo que falta!—dijo, por fin, á la criatura.

Y llevándola hasta la puerta, cubriendo con su ancho sombrero una tea impregnada de alcohol, que ardió súbita, ordenó con voz perentoria:

—¡Arrima eso á la leña!

Primero fué una llama azul; después una chispeante neblina, pronto hoguera que ardió por igual á lo largo de la pared, en el hueco de la ventana, en el quicio amurallado de la puerta. Dentro se oyeron gritos. La ventana se abrió. Las llamas entraron por ella. A su lumbré se recordaron dos imágenes angustiosas. Tendían sus brazos al incendio. Pronto se borraron entre espirales de humo.

El viejo en pie, erguido, sujetando al niño con sus manos convulsas y puestos los ojos en las llamas, seguía el viaje del incendio.

—Hecho—grió al desplomarse la techumbre.

VI

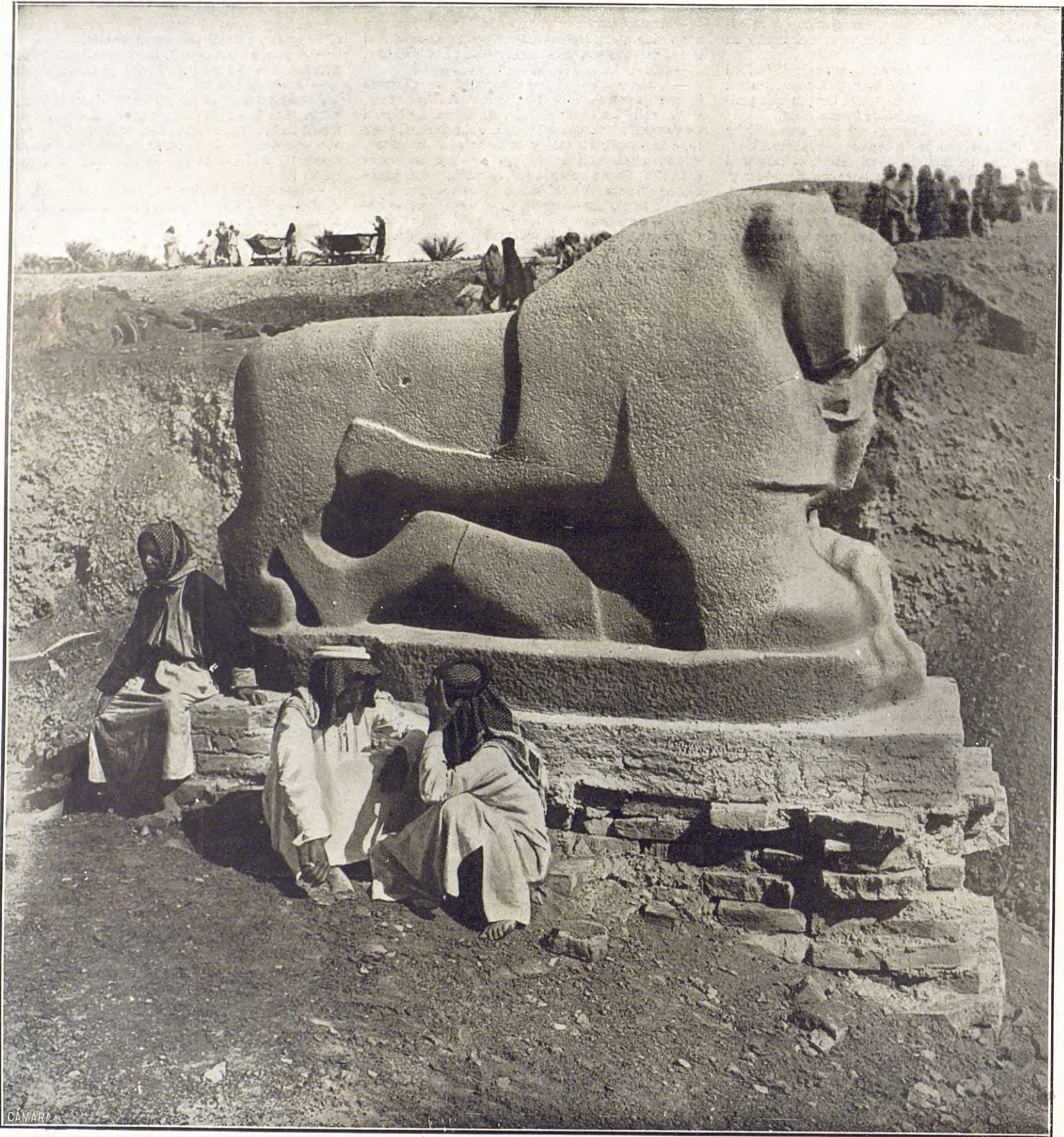
Del vapor saltó un hombre vestido de luto.

Un viejo y un niño, enlutados como él, le aguardaban junto á la plancha.

—¡Ni casa, ni mujer!—sollozó el viajero echándose en brazos del anciano.

—Queda el hijo—repuso el viejo con voz firme.—Y queda mi barraca—añadió.—Allí cabe mos todos.

LAS EXCAVACIONES DE BABILONIA



León tallado en basalto, descubierto en las ruinas de Babilonia y que data de fecha remotísima, anterior á la civilización semítica

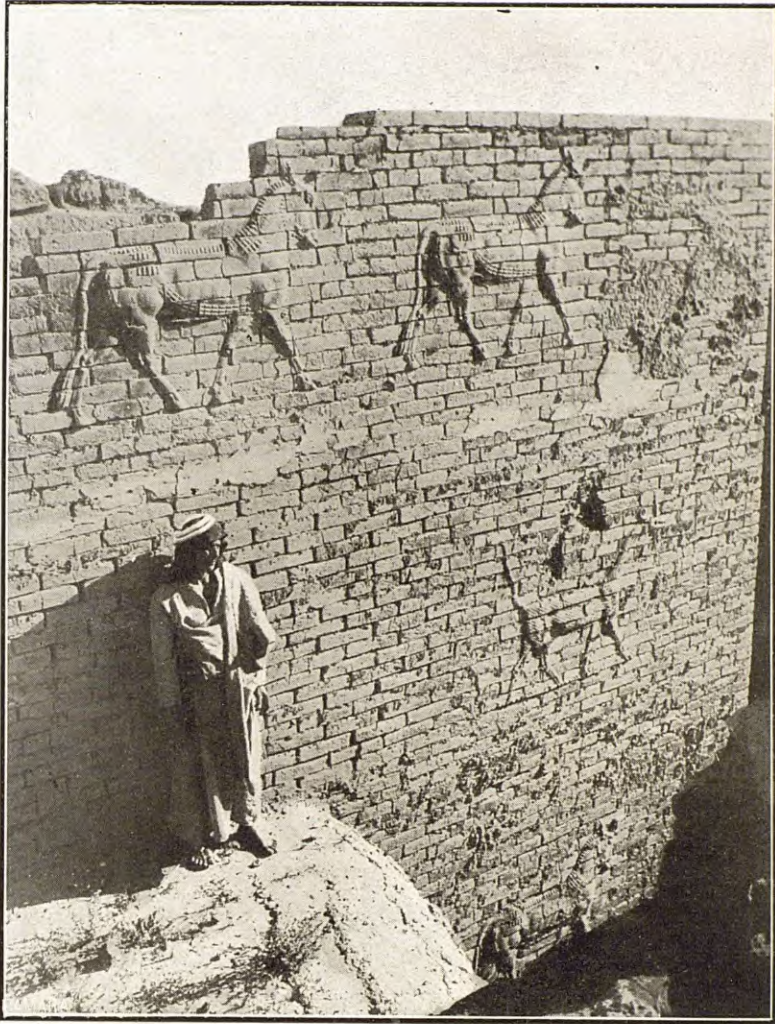
Las excavaciones que, espléndidamente dotadas por la Sociedad Oriental Alemana, vienen efectuándose bajo la dirección del ilustre orientalista Dr. Roberto Koldeway, en Babilonia, hacen grandes progresos. Poco á poco, y merced á un sistema de absoluto rigor científico, va surgiendo de su sepulcro milenario la histórica ciudad de que tanto se ocupa la Biblia, y que fué el centro del mundo oriental antiguo, famosísima por sus palacios, por sus templos, por sus jardines, por sus murallas, verdaderos museos de arte escultórico, y también por sus vicios y la corrupción de sus costumbres. Durante muchos siglos, el nombre de Babilonia sólo evocaba un recuerdo histórico. Desaparecida del haz de la Tierra por efecto de las guerras y de la acción del tiempo, ignoróse hasta la décima-segunda centuria el verdadero lugar de emplazamiento de la ciudad de Nabucodonosor, capi-



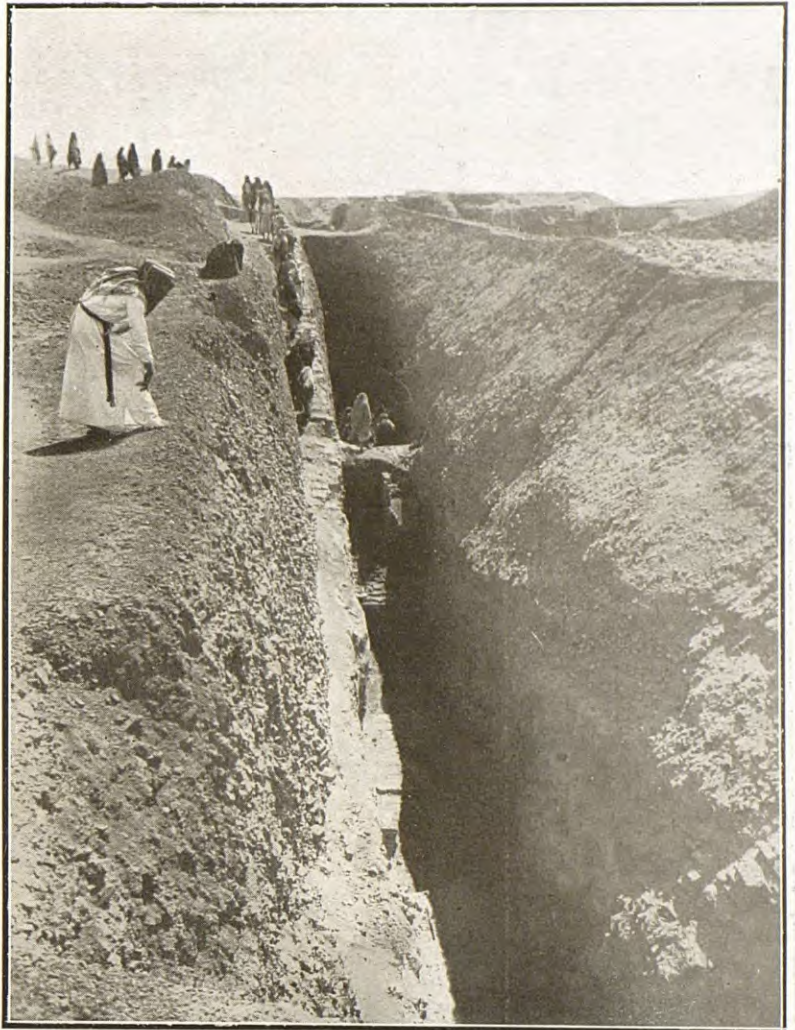
DR. ROBERTO KOLDEWAY
Director de las excavaciones
de Babilonia

tal del Imperio. Fué un judío español, Benjamín de Tudela, quien tuvo la fortuna de identificar el paraje en 1162, y desde aquella época hasta la presente, con interrupciones más ó menos largas, se realizaron exploraciones, cuyos resultados atestiguan las riquísimas colecciones de objetos babilonios reunidos ya en los principales museos arqueológicos de Europa y los Estados Unidos. Los trabajos, dirigidos por el Dr. Koldeway, han puesto ahora al descubierto el templo y palacio de Nabucodonosor y buena parte de las primitivas murallas de Babilonia, ornamentadas de interesantísimas esculturas representativas del toro sagrado de Nebo y del dragón emblemático del dios Marduk, principal divinidad babilónica. La escultura cuya fotografía insertamos, y que representa un león devorando á su víctima, data, probablemente, de época muy anterior al imperio de Sennaquerib y Nabucodonosor.

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS



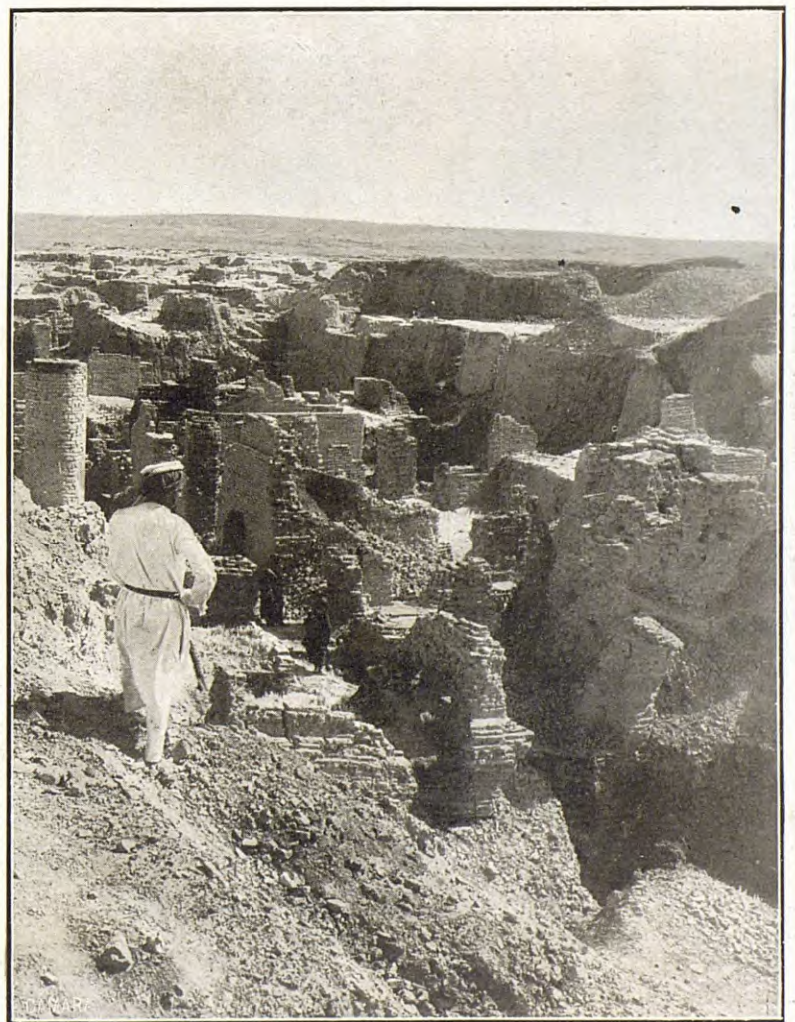
Bajorelieves del toro sagrado, descubiertos en las murallas de Babilonia



Trinchera abierta para llevar á cabo las excavaciones realizadas en Babilonia



Sepulturas de la primitiva Babilonia, á las que se atribuye una antigüedad de 2.500 años



Los antiguos cimientos de Babilonia y parte de las ruinas del templo de Nabucodonosor

FOTS. UNDERWOOD

DETALLE DE UN MONUMENTO



LA CARIDAD

Grupo escultórico del ilustre artista José Llaneces

EN EL ESTUDIO DE JOSÉ LLANECE



El ilustre pintor y escultor José Llaneces terminando uno de sus últimos cuadros

FOT. CAMPÚA

Hé aquí una personalidad simpática y notable de artista que, á semejanza de aquella del Renacimiento italiano, alterna el cincel con los pinceles. Con idéntico amor y maestría idéntica, modela las masas, que traza las líneas y valora los colores. Por tierras lejanas lleva el nombre de España en monumentos y lienzos donde plasmó el alma de la raza y sus tradiciones históricas y aventureras. Porque José Llaneces, obligado primero por la necesidad de los juveniles años de lucha y halagado después por los triunfos de reproductiva gloria, ha hecho siempre obra de exportación. Entre adaptar su temperamento y su técnica á los modernos extranjerismos y llevar al extranjero ese temperamento y esa técnica en lienzos representativos de nuestro siglo de oro y de nuestras damas de hoy, Llaneces ha preferido lo último.

Ante la obra pictórica de Llaneces, el aficionado encuentra tres aspectos perfectamente definidos: el siglo xvii con sus gallardías y sus audacias; el siglo xviii con sus refinamientos y sus coqueterías, y la mujer contemporánea. El primer aspecto es el más identificado con su criterio del arte: aquellos soldados altivos, un poco fanfarrones que cortejaban mozas en las hosterías, tierras nuevas en las guerras y laureles literarios en novelas de picardía y versos de rotundo ritmo, tienen ahora en Llaneces un excelente intérprete. Prueba de ello es que una de las más aristocráticas y poderosas sociedades del mundo, el *Jockey-Club* de Buenos Aires le ha

encargado seis paneles del salón de juego, que precisamente se decoró con arreglo al más puro esfilo de nuestro siglo xvii. En esos seis paneles, Llaneces ratifica una vez más sus condiciones de

colorista y da muestra noble y pujante de un talento pictórico en plena madurez.

También para Buenos Aires, con destino al Palacio de la Municipalidad, son un grupo escultórico titulado *La Caridad*, donde el artista ha simbolizado de bella y conmovedora manera la idea de la obra, y el busto de Bartolomé Mitré, interpretado con gran vigor técnico y notable parecido.

Finalmente, no debemos olvidar otra cualidad merítísima del artista: su honradez pictórica, su respeto al natural. Para pintar un cuadro reconstruye el ambiente, el escenario, por decirlo así, donde habrá de colocar después las figuras.

Así, pues, al entrar ahora el aficionado en su estudio, se encuentra gratamente sorprendido hallándose en una amplia habitación de castellana hostería, y en ella, viviente y pintoresco, el grupo de bravos jugando al dominó mientras una garrida moza les sirve el rojo vino de la tierra...

José Llaneces es madrileño y está en la plenitud de sus facultades artísticas. Físicamente es un hombre recio, el torax ancho, macizo y cuadrado de hombros, en los que la cabeza se entronca como la de un luchador.

Una simpatía contagiosa y alegre resplandece en su conversación. Se le adivina en juicios y opiniones una gran cultura. No son, por lo tanto, injustificados sus triunfos fuera de España. Desde que vendió su primer cuadro en 5.000 pesetas, hasta hoy que gana 200.000 francos anuales, Llaneces no ha desmayado un momento.



"Gitana", escultura de Llaneces

LA ESFERA

CUADROS ESPAÑOLES



EL DOMINÓ

Fragmento de un cuadro de la serie de ocho, que está pintando José Llaneces para el Jockey Club de Buenos Aires

NUESTRAS VISITAS
LA BIBLIOTECA NACIONAL

DISPONÍA de una hora libre de trabajo y dudé en qué ocuparla... ¿En leer? ¿En pasear?... Lo segundo era recreo y salud del cuerpo y lo primero del alma...

La tarde, aunque de agradable temperatura, se extinguía bajo un cielo plomizo; é instintivamente, como mandado por una voluntad superior á la mía, encaminé mis pasos á la Biblioteca Nacional. Al atravesar la verja que circunda el templo de la sabiduría, me detuve un instante para contemplar, con tristeza, lo que bien pudiera ser su jardín, y que hoy, por falta de cuidado, va siendo un pedazo de campo erial, donde mueren por abandono unos cuantos arbolillos raquíticos y enfermizos. A la izquierda, y al mismo pie de la

grandiosa escalinata, sobre el suelo mal cubierto de pajizo césped, había un gran montón de basura. Subí por la amplia escalera... Un poco empujé por entre las estatuas de los príncipes de nuestra literatura. Me llamó la atención la indumentaria de un portero, que paseaba su hastío por el vestíbulo: no podía ser más rara: gorra galoneada, chaqueta de uniforme, pantalón claro, bufanda gris y alpargatas. Aunque pintoresca, no me parecía la vestimenta adecuada para el portero más visible de nuestra Biblioteca. Otro portero, que ante una mesa en el *hall*, conversaba con un guardia, nos entregó una chapa con el número 257 y un volantino; con esto penetré en la sala de *Índices* y allí de pie, sobre un pupitre, púseme á extender mi pedido. En una mesa cercana rebuscaban en los índices varias personas. Consulté el reloj: eran las cuatro y media; hasta las seis, que cerraban la Biblioteca, tenía un buen rato para leer, por lo cual, pedí en mi papeleta *El Escultor de su Alma* del inmortal Ganivet, y después, acercándome á una especie de mostrador, se la entregué á un empleado.

—¿Qué dice la firma?—me preguntó.

—¿No lo ve usted? *El C. Audaz*... Puede ser *El Conde Audaz*, por ejemplo, si usted no tiene inconveniente.

—¡Ah, ya!—repuso convencido—y se internó. Pasados diez ó doce minutos, volvió al mostrador...

—No lo tenemos—me dijo secamente.

—¿Y *Granada la bella*?

—Tampoco.

—¿Y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*?

—Tampoco. De este autor no hay más que *Idearium español*.

Había leído esta obra y no quise pedirla. De nuevo llené otra papeleta, solicitando *La opinión ajena*, de Zamacois. La misma operación. Transcurrieron otros diez ó doce minutos.

—No la hay—volvió á decirme el empleado.

Yo que estaba dispuesto á leer du-



El edificio de la Biblioteca Nacional en el paseo de Recoletos, de Madrid

rante una hora aquella tarde, escribí en otra papeleta *En la carrera ó Las ingénuas*, de Trigo. Y esta vez tuve más suerte... El joven empleado me devolvió la papeleta, después de haberle puesto, en la *signatura* el número 1-48.812. Marché en busca de mi libro. Había pasado media hora, pero al fin leería. Un poco amilanado penetré en el salón de lectura. Este es grandioso, completamente cuadrado y recibe una luz tristonja y conventual por las enormes ventanas ojivas y la montera de cristales. Las numerosas filas de pupitres, atriles y bancos de madera, aparecían ocupados en su mayoría por lectores ensimismados ante el libro: no podían ser de más diversas clases; sacerdotes de gafas de oro, alegres soldados, pálidos y demacrados estudiantes, algún desarra padillo que otro y chicolos de diez á doce años. No faltaba la muchacha romántica, de ojazos negros, que sueña sosteniendo en sus labios el trino de las rimas campoamorianas. Reinaba un silencio religioso, sólo interrumpido por el pisar

de los que entran y salen. En los ángulos hay unas escaleras de caracol por las cuales se sube á una gradería, con barandal de hierro, que circunda todo el salón, y desde donde dos vigilantes tendían sus miradas de lince sobre los lectores. Más de cien personas se agrupaban pacientemente, como rebaño de ovejas, ante las ventanillas donde se pide y entrega la lectura. He de confesarte, lector, que yo me estremecí al ver que tenía que colocarme el último en una fila de más de cincuenta ciudadanos. Mis nervios se rebelaban ante esta incomprensible deficiencia de nuestra Biblioteca y me arrepentí, en silencio, de haber optado por la lectura en vez del paseo. Durante un cuarto de

hora estuvimos en la fila avanzando cansinamente á paso por minuto. Al fin, conseguí llegar á la ventanilla donde un empleado desabrido recogió mi papeleta.

—Ah ¿de Trigo?...—exclamó después de leerla.—Hay orden de no entregar obras de Trigo, de Zamacois, de Dicenta, de Carretero y otros más sin el permiso del director.

—¿Y cómo es eso?—pregunté, sorprendido.

—No sé—me contestó el interpelado, dirigiéndose á la interminable fila, gritó:—¡Otro!

Tras de mí siguió un señor extraño, de ojos verdes, cabellos negros y rostro puicramente afeitado. Advirtiéndome mi sorpresa, exclamó, dirigiéndome la palabra:

—Se conoce que hace bastante tiempo que no viene usted por la Biblioteca...

—Bastante, sí, señor—le contesté, dispuesto á escucharle.

—Pues, yo tengo la desgracia de ser asiduo lector, y si fuera periodista, daría á los vientos el espíritu reaccionario y el desorden que impera en esta casa.

—Dígame... dígame usted las deficiencias que haya notado—inquirí.—Tal vez un amigo mío, que escribe, pueda hacer algo sobre esto.

El caballero extraño, me arrinconó contra la pared, y mientras que lo llamaban para entregarle un libro de Becquer que tenía pedido, comenzó á contarme con sigilo.

—Por lo pronto en el *Índice*, por las tardes, de cuatro á seis, que es cuando tienen más trabajo, no se molestan en buscar la mayoría de los libros, contestando, sencillamente, que «no está» lo que se pide; dándose con frecuencia el caso, de facilitar un empleado lo que momentos antes otro ha dicho que no existía. En los libros-índices que hay á la disposición del público, faltan muchas materias, entre ellas la heráldica y otras que no recuerdo. Este salón durante el invierno lo hemos tenido escaso de sillones, dando ello lugar á tener que suspender la entrada del público, por no haber sitio donde sentarse, no obstante sobrar pupitres. Por



El director de la Biblioteca Nacional, Sr. Rodríguez Marín, y el secretario de la misma, acompañando al "Caballero Audaz" en su visita á la Biblioteca



ASPECTO DEL SALÓN DE LECTURA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

falta de empleados para atendernos, fíjese usted en esa cola interminable que se forma ante la taquilla de peticiones de libros. Pues, ahora todos los que hemos perdido un cuarto de hora en esa filita, tenemos que perder media más, amontonados en esta otra ventanilla, hasta que se nos entrega el libro solicitado, y después, para devolverlo ya leído, hay que formar otra fila y ¡otro cuarto de hora! ¿Qué le parece á usted?... Es decir, que para leer aquí, es necesario estar dispuesto á desperdiciar una horita larga. Y menos mal cuando nos sirven el libro demandado; pero ocurre que se pide una obra archivada en el cuarto ó quinto piso, y suelen decir que «se está encuadernando» ó que «se está leyendo», no siendo así, porque se ha consultado dos horas antes. Los libros de Trigo, Zamacois, Dicenta, Insúa y otros novelistas muy leídos, pidiéranse mucho; pero el director actual, ha dado orden de que sean retirados y que sin su previa autorización no se entreguen. Dicen que está haciendo una selección de autores. Puede que se quede sólo con el *Quijote*. En la sala de libros raros, no se sirven libros si no se piden antes de las cuatro, siendo las horas de la Biblioteca hasta las seis; es decir, eso reza oficialmente, pero á las seis menos cuarto toca el timbre y hay que hacer entrega del volumen pedido; así que, en realidad, la lectura cesa á las seis menos cuarto.

Dijeron el número de mi informador y éste, se acercó á recoger la obra. Consulté el reloj; había pasado media hora desde que entregó la papeleta.

—¿Ve usted?—me dijo al volver á mi lado.—Yo entré aquí hoy á las cuatro y cuarto. Sin perder tiempo, he seguido toda la ruta hasta conseguir el libro. ¡Son las cinco y diez! ¿Qué voy yo á leer ya en media hora que puedo tener el tomo en mis manos?... Y sobre todo, ¿merece la pena de desperdiciar una tarde para leer durante media hora?... Ya que hay esta organización detestable de expedienteo y fila, siquiera debían ampliar las horas hasta las ocho ú ocho y media de la noche. ¿Qué menos?...

—Lleva usted muchísima razón — le contesté sinceramente, á mi interlocutor, y sin darle mi nombre me despedí de él...

Un poco mustio y entristecido, abandoné la sala de lectura y me dirigí al despacho del director. Es una salita pequeña y simpática. Ante la mesa antigua, estaba sentado don Francisco Rodríguez Marín con sus largas barbas blancas de anacoreta ó mago, sus quevedos antiguos, pendientes de un hilillo de seda, y su cuellecito de preceptor. Nos saludamos. Yo empecé por explicarle el objeto de mi visita.

—Vengo á molestar á usted. Es el caso, que estando hoy en el salón de lectura, se me ocurrió hacer una información de todo esto.

—Lejos de molestarme la visita de usted—me contestó, amablemente, con voz afónica el ilustre prosista,—me agrada sobre manera. Lo propio habían de hacer cuantos escriben acerca de esta casa. Así, pues, *Caballero Audaz*, yo le agradezco mucho que venga á mi despacho á *documentarse*, como ahora se dice.

—Debo advertirle, señor director, que bien *documentado*, pienso poner de manifiesto muchas deficiencias que he observado en mi visita.

El señor Rodríguez Marín se enojó un poco.

—Aprecio mucho esa hidalga franqueza de us-

ted y desearía que me expusiera sus quejas y observaciones, por si puedo poner remedio en ello.

Fuí á hablar, pero penetré en el despacho el secretario de la Biblioteca, y después de saludarme, tomó asiento con nosotros.

—Ustedes saben mejor que yo—comencé diciendo—que los libros de Ganimet, por la limpieza de estilo y hermosura, debieran de figurar en la Biblioteca.

—Y figuran—afirmó D. Francisco.

—Perdóneme—continué.—De las diez obras de Ganimet, me han dicho que sólo existe una.

D. Francisco y el secretario se miraron algo perplejos.

—Me extraña—lamentó el director.

—Hay más: se me han negado obras de Trigo, Zamacois, Dicenta é Insua, apoyándose el em-

—Pero, ¿qué prohíbe el reglamento?—pregunté extrañado.

—Prohíbe que se faciliten libros obscenos, salvo por razón de estudios, y somete á la discreción de los jefes de la Biblioteca el dar ó negar, según los casos y personas, el necesario permiso para leerlos...

—Mi ilustre señor Rodríguez Marín: no hablamos de libros obscenos, sino de obras de nuestros novelistas contemporáneos, en las cuales se pueden aprender muchas cosas. Todavía, que yo sepa, en París no se hace esto en la Biblioteca nacional, con Bourget, Flaubert, Maupassant, Pierre Louys, Zola, etc. Pero pasemos á otro asunto. He observado también que al público se le desespera haciéndole esperar, á veces una hora, antes de entregarle la lectura.

—Eso tiene su explicación en la escasez de empleados; confío en que el señor ministro nos aumente el personal y el material.

—Y, dígame usted: ¿qué clase de público acostumbra á venir?...

—De todas clases: desde el estudioso trabajador, que se prepara para dar á la estampa sus obras, hasta el golfo quincenario, que se resguarda aquí del frío y del agua de las calles; concurren también lectoras, que en su mayoría son alumnas del Magisterio.

—¿Cuáles son las obras más leídas?...

—Las más leídas las que tratan de las Bellas Artes y las menos las de Teología.

—De Cervantes ¿se pide mucho?...

—El *Quijote*, poco; y de lo demás suyo, nada. A Valera apenas se le lee, ni á Valle Inclán. De Valdés y Pereda sus primeras obras.

—¿Y á Galdós?...

—Muchísimo, y á *Azorín* también bastante.

—¿Y de poetas, Campoamor, por ejemplo?...

—Se lee mucho. En cambio á Núñez de Arce, muy poco.

—¿Qué cantidad de libros habrá ya en depósito.

—Un millón aproximadamente.

—¿Con qué presupuesto cuentan ustedes para material bibliográfico?...

—Tenemos 32.000 pesetas de consignación anual; con ella, aunque escasa, atendemos á proveer la Biblioteca de buenos libros extranjeros recientes; tenemos también que atender á la compra de preciosos manuscritos antiguos para aumentar el riquísimo tesoro en esta sección.

—Mezquina consignación, en efecto. ¿Cuántos lectores acuden á diario?

—Unos mil, aproximadamente.

Me puse de pie y ofrecí mi mano al venerable director, en actitud de despedida.

—Le encargo, *Caballero Audaz*, que antes de escribir su información concorra aquí como lector... Tal vez haya dado la casualidad hoy... Y procure *quitar hierro* á ese artículo.

—Volveré otro día; y de lo demás, para usted mi admiración; pero para esta casa, hasta ahora, mis censuras, y tienen que ser públicas, porque yo al público me debo.

Atravesé una sala que olía á pergamino añejo y salí... Era casi noche, y ya las palomas tornaban raudas á recogerse en el frontón de Querol.

Cumplí mi palabra volviendo al día siguiente. Pedí *El anillo de amatista*, de Anatole France, y no lo tenían... Pedí la portentosa *Fedra*... y tampoco. ¿Para qué más?...



Estanterías altas de la Biblioteca Nacional

FOTS. CAMPÚA

pleado en una reciente orden de usted, que, la verdad, no me explico. Hasta mis modestísimos libros fueron incluidos en la proscripción.

—Le diré á usted—tartamudeó Rodríguez Marín.

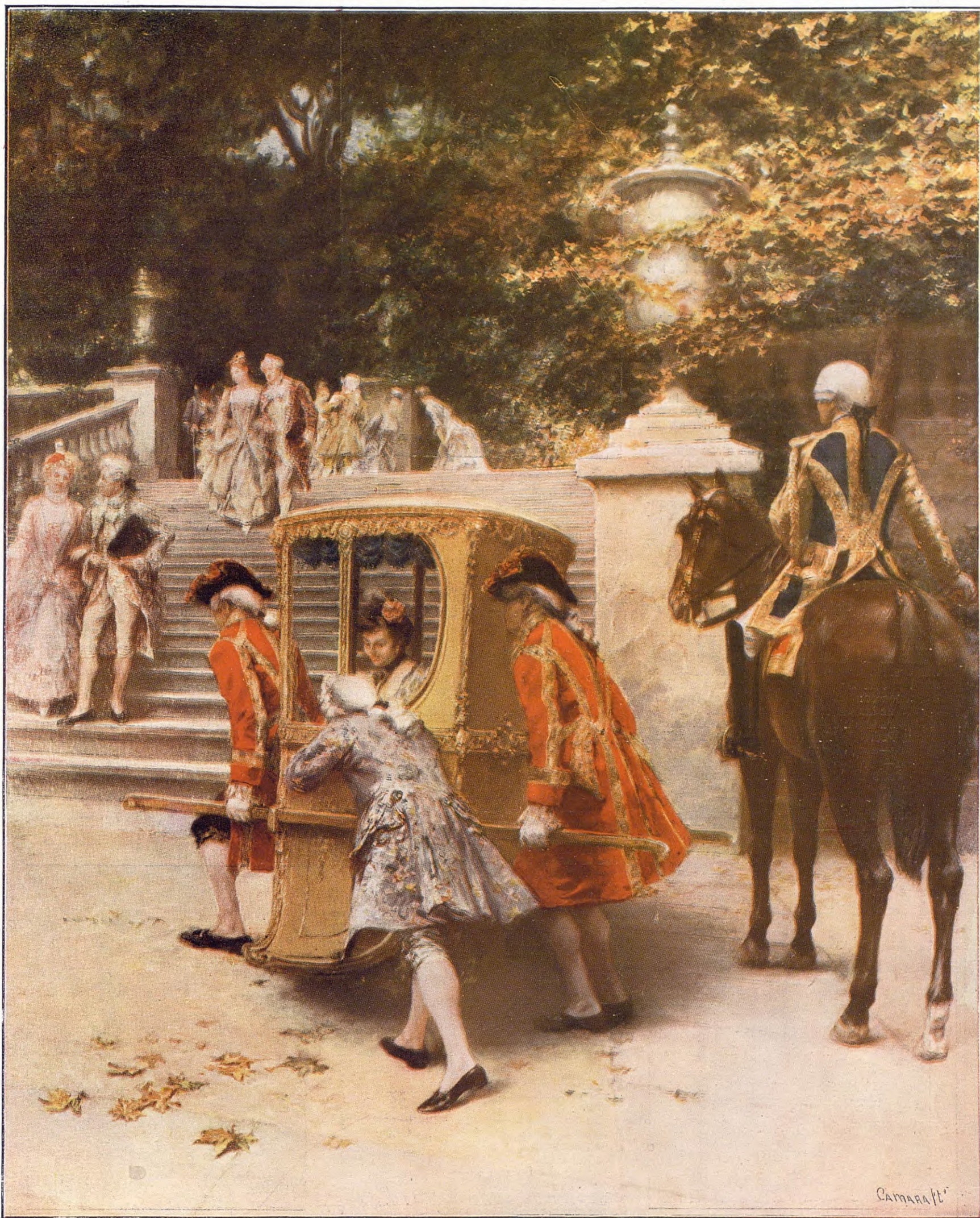
El secretario, más avisado, vino en su auxilio:

—Esas obras que son consideradas como malas...

—Basta, señor—le atajé, rápido.—Todos esos señores novelistas están hoy á la cabeza de nuestra literatura, y si la crítica puede discutir sus tendencias, estilos, orientaciones y estéticas, la Biblioteca ¡no!... A mi juicio, esta casa no debe ser más que un depósito de libros donde se lean gratis con la mayor comodidad posible.

—Para dar ó negar esos libros—agregó ya rehecho el ilustre director—hacemos un uso prudente y razonable de los preceptos del reglamento.

LA ESFERA
CUADROS ESPAÑOLES



SIGLO XVIII

Fragmento de un cuadro de José Llaneces



DE NORTE A SUR

Alberto Nuhuys

Una revista francesa publicaba recientemente un artículo que era una elegía de la vieja Holanda, de la Holanda pintoresca de los cuadros y de las literaturas. Otra revista demostraba con curiosas fotografías la sugestión que ejercen en los modistos—y, por ende, en las mujeres elegantes—los trajes masculinos holandeses.

Realmente la silueta femenina de algunos figurines, recuerdan la de los similares de Markey.

Holanda es siempre una actualidad llena de encanto y de ingenua gracia. Los pintores son los que con más frecuencia y con mayores atractivos han sabido interpretar las figuras, los paisajes, la luz y el color de esa tierra gobernada por una gentil reinicita de ojos azules, cabellos rubios y rostro de rosas nevadas. Recordad los lienzos de Levy Dhurmer, de Hanicotte, de Hitchcock, de Benoit Levy, de nuestro admirable y vigoroso Manuel Benedito.

Pues bien, uno de los que mejor y con más fidelidad interpretaron á Holanda, acaba de morir. Se llamaba Alberto Nuhuys y sus cuadros han figurado en todas las exposiciones internacionales y muchas pinacotecas importantes del mundo tienen obras suyas.

A los sesenta y nueve años la muerte le ha quitado el pincel de las manos rugosas y le cerró los ojos que seguían contemplando la tierra natal para fijarla en los lienzos.

No le caracterizaba el vigor de otros pintores contemporáneos. Pero en cambio pintaba la Holanda de un modo sentimental y delicado, algo convencional y sin embargo muy dentro del concepto que sugieren las cofias de encajes, los campos floridos y no los rudos pescadores ó los interiores donde todavía permanece el recio espíritu de la raza y de sus pintores de los siglos pretéritos.

La muerte de Aladro

Aún en este siglo de audacias científicas, de financieras fiebres y de prosáicos positivismos, el ensueño sigue imponiéndose por medio de sus aliados.

Uno de estos aliados acaba de matar á un hombre. No importa que la certificación facultativa hable de una dolencia física. Los médicos no suelen conocer los dolores del espíritu y la sangre de las heridas de alma se derrama invisible para sus ojos demasiado humanos.

Juan Pedro de Aladro que cambió su apellido Domecq—evocador de la tierra andaluza, donde naciera—por el de Kastriota, ha muerto al subir al trono de Albania el príncipe Guillermo de Wied.

No podemos creer en una coincidencia de episodios. Es algo más por encima de nosotros. Es que el romanticismo rompe la vida de Aladro para cambiar su muerte en un símbolo.



ALFREDO CAPÚS
Notable dramaturgo francés, que ha sido elegido académico de la Francesa

Porque el ideal de este viejo, que iba á cumplir sesenta y nueve años, fué siempre ceñir la corona de Albania, libertar á la antigua Iliria clásica del yugo musulmán, y luchar, como ahora luchará el príncipe de Wied, con las diversas razas del Oriente rebelde.

No busquemos la silueta hermana de Aladro en cierta novela de Abel Hermant ó de Daudet. No significaba la melancolía del destronado.



ALBERTO NOUHUYS
Ilustre pintor holandés, que ha muerto á los sesenta y nueve años de edad

Busquémosla en los libros clásicos de nuestros comentaristas del descubrimiento ó de las gloriosas conquistas de la España heroica.

Porque esto fué D. Juan Pedro Domecq y Kastriota. Un español de otros siglos que sentía la inquietud de los horizontes y la ambición de las conquistas. Todas las conquistas: de mujeres y de pueblos.

Cómo debutó Capús

Otro escritor bien parisien, ha sido elegido académico al mismo tiempo que el señor Bergson: Alfredo Capús.

Alfredo Capús es autor de varias comedias que, en honor á nuestros dramaturgos, nos permitimos calificar de medianas; autor de unas cuantas novelas mejores que sus comedias y de muchísimas incontables crónicas infinitamente mejores que sus novelas.

Por algo el primer trabajo literario de Capús fué una crónica. Ved como se escribió aquella crónica:

El 19 de Abril de 1882, Alfredo Capús estaba de visita en la redacción de *Le Clairon*, cuando llegó la noticia de la muerte de Darwin. Hubo un momento de confusión. El redactor encargado de las necrologías de hombres célebres, estaba enfermo. Nadie se atrevía á escribir un artículo acerca del autor de *El origen de las especies*. El director de *Le Clairon* se indignó contra sus redactores, les colmó de insultos, pateó, rugió, reprochándoles su ignorancia... pero tampoco se atrevía á escribir el artículo. De pronto, encarándose con Alfredo Capús, á quien no conocía, exclamó:

—¿Y usted? ¿Qué hace usted aquí? ¿No se atreve usted á escribir un artículo sobre Darwin?

Capús no había escrito jamás una cuartilla. Ignoraba hasta lo más rudimentario del *métier*; no era más que un distinguido ingeniero de minas. Pero Alfredo Capús, como buen meridional, no dice nunca que no.

—Sí, señor, me atrevo. Venga papel y una pluma.

«En medio de la algarazara general—confiesa el mismo Capús—escribí el artículo. Cité á mucha gente; unas citas eran exactas, otras inventadas, pero todas muy oportunas. Hablé de un Darwin fantástico. Le inventé algunos vicios y muchas virtudes, y por último firmé el artículo con el seudónimo *Canalis*. Gustó muchísimo y aquel triunfo me inició en el periodismo.»

A sus ingeniosas crónicas de *Le Clairon*, sucedieron las de *Le Gaulois*, de *L'Echo de París*, de *La Revue Bleue* y sobre todo de *Le Figaro*.

En este último diario es donde consiguió afianzar definitivamente su nombre de gran cronista, y fijar su silueta representativa de escritor francés.

El filósofo de las parisienses

Enrique Bergson ha entrado en la Academia Francesa.

Enrique Bergson explica Filosofía en el Colegio de Francia. Tiene cincuenta y cinco años, tres obras importantes: (*La evolución creadora*, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia* y *Materia y memoria*), una obra interesantísima (*La risa*), varias levitas de corte impecable y un gran partido entre las damas parisienses.

Los partidarios de Enrique Bergson le colocan á la altura de Kant y de Descartes. Los adversarios ridiculizan su filosofía y ni siquiera le conceden el honor de una crítica razonada; los indiferentes se encogen de hombros y se preocupan de cosas más importantes.

Bergson es, antes que filósofo, escritor. Su filosofía no cambia sistemas, no revela nuevos senderos, no destruye anteriores afirmaciones. Es un literato que escribe con estilo claro y diáfano; un conferenciante que habla con gran soltura y que dice cosas bonitas. Pero nada más.

Aunque el snobismo de París crea lo contrario, el señor Bergson no triunfará de los siglos. En el fondo el señor Bergson tal vez esté convencido de ello, y en lugar de comprarse la inmortalidad con obras fundamentales, se compra la popularidad explicando filosofía á las damas elegantes, frívolas, de París.

Sus conferencias de los viernes en el Colegio de Francia se conocen bajo el nombre de *los five o'clock de monsieur Bergson*. Ese día á la misma hora que los restantes de la semana las parisienses van á los restaurantes de moda, hacen sus visitas, acuden á *rendez vous* más ó menos peligrosos ó derrochan en joyerías y modisterías los francos del marido ó del amante, una multitud femenina se oprime, ante las puertas del Colegio para oír al filósofo de moda. Luego estas encantadoras damas riñen, luchan, se insultan y pelean, por ocupar buen sitio en los bancos que debían ocupar estudiantes y hombres inteligentes.

Pero ¡ay! que á estas conferencias no suelen ir los estudiantes y los hombres inteligentes. Es un público de elegancias, perfumes, afeites y murmuraciones.

Y el *cher maitre* de las lentes impecables, el bigote recortado, la voz melosa y las pupilas irónicas prefiere este público.

Como veis, su filosofía es un poquito epicúrea. De un epicurismo del siglo xx y... en Francia, tierra de la galantería.

José FRANCÉS



BERGSON
El "filósofo de moda", que ha sido elegido académico en Francia

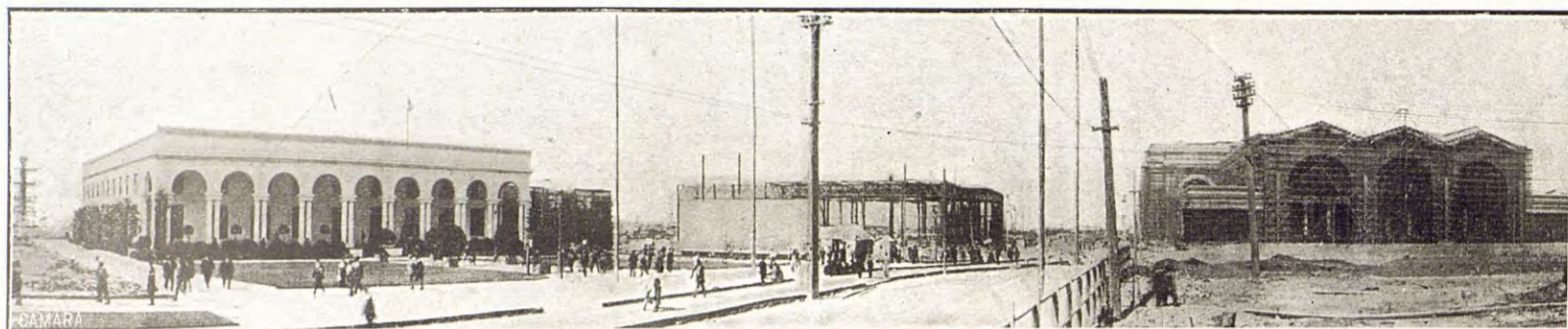


El teatro suele ser, en París, el lugar de lanzamiento de las *toilettes* atrevidas ó de aquellas que, sin llegar á las grandes audacias de forma, llevan en sus líneas algo extraordinario llamado á causar una pequeña revolución en los dominios de la Moda. Desde luego, esos modelos que pudieran llamarse «teatrales», no son acogidos francamente y adoptados sobre la marcha. Por lo general es el *couturier* de firma quien les da la sanción, poniendo en ellos modificaciones, á veces importantes, con objeto de que puedan ser exhibidos fuera de las tablas. Los vestidos que aparecen en esta página, tuvieron su origen en la escena; ilustres artistas los patrocinaron con sus prestigios de mujeres ultra-chic, y sus osadías de forma, fueron después suavizadas por los magos de la tijera y de la aguja, adaptando la «creación» al medio ambiente en que debía actuar.

En ambas *toilettes* el paño de seda, la muselina y el velo de seda, forman la base de la confección. La de la derecha, es un paño de seda blanco sobre un fondo de encaje del mismo color, con blusa de encaje pasablemente escotada, y como único *appliqué* un gran mariposón de abalorios. La otra *toilette*, del género *tea-gown*, usado por las elegantes parisienses en la hora del té, es de raso blanco con levita de tul y ancha faja de seda también bordada con aplicaciones ó bordados de *strass*. La tendencia de los modistos verdaderamente artistas, sigue siendo hacia la extrema simplicidad de líneas que no roban al cuerpo femenino sus suaves contornos. Y de ahí que no puedan explicarse satisfactoriamente ciertas exageraciones en el adorno que desvirtúan esa tendencia. De exquisita factura los dos vestidos, constituyen una nota de absoluta novedad.



LA EXPOSICIÓN DE PANAMÁ



Vista parcial de las obras de la Exposición que ha de celebrarse en San Francisco, con motivo de la inauguración del canal de Panamá

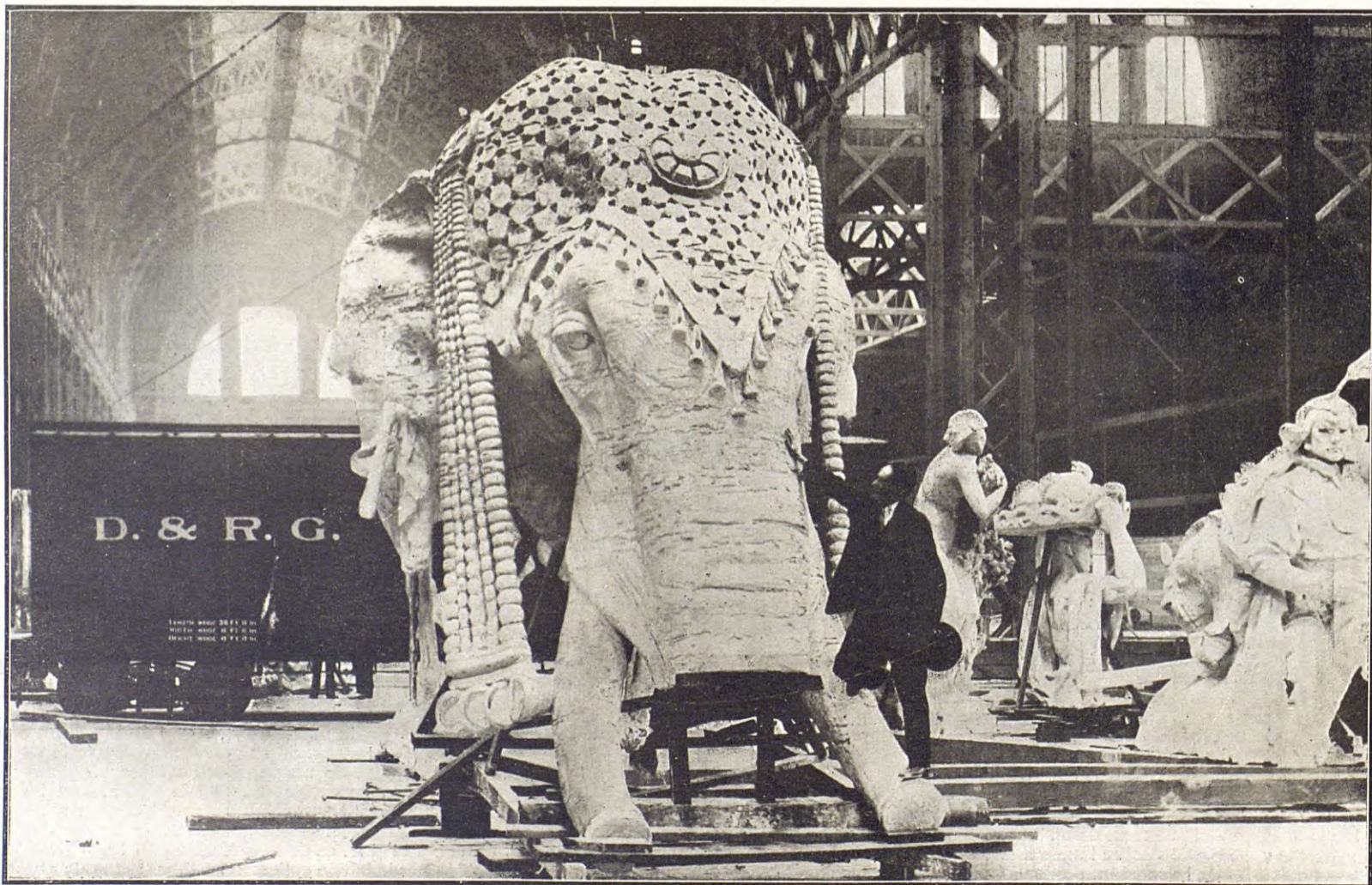
Con motivo de la apertura del Canal de Panamá, se celebrará el año próximo, en San Francisco de California, una Exposición Internacional de Artes é Industrias. De la importancia magna que ha de alcanzar este certamen, baste saber que tienen anunciada su participación 32 naciones, calculándose el importe total de las obras en más de 80 millones de duros. Los trabajos de los grandes palacios generales se encuentran en la actualidad casi terminados. No así los de decorado y ornamentación de edificios y parques. Verdad es que la mayoría de ellos consistentes en obras escultóricas, alcanzan esas dimensiones colosales á que son tan aficionados los yanquis, y de las que pueden dar idea los adjuntos grabados. El pensamiento fundamental á que se ha ajustado el plan de distribución de los palacios y secciones extranjeras, es el del enlace del Occidente y el Oriente del



Grupo de las naciones de Occidente

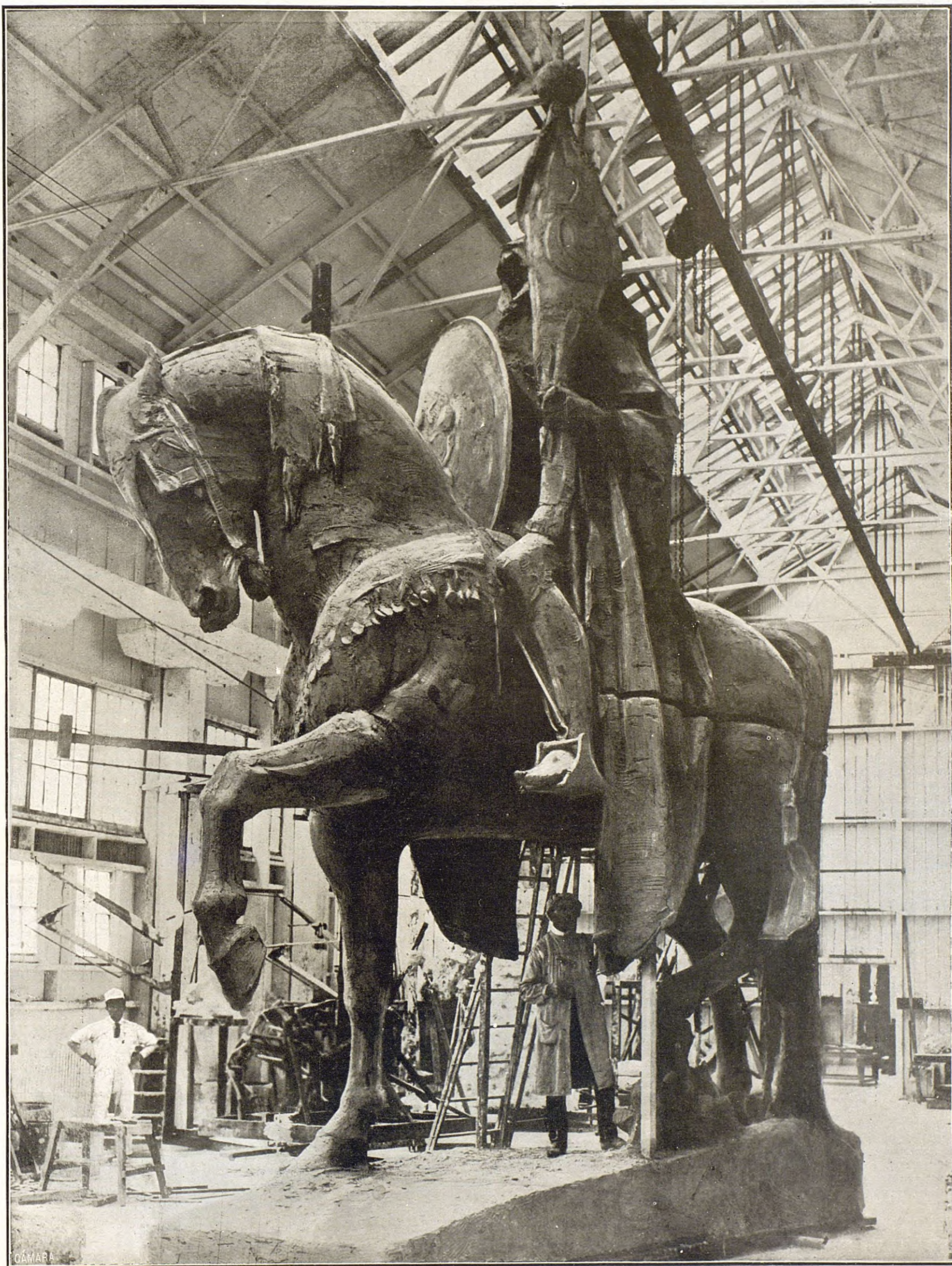
mundo, por la apertura del canal panameño. Así, los distintos edificios que han de constituir el cuerpo principal de la Exposición, se repartirán en dos grupos geográficos, separados por un inmenso recinto descubierto central, que llevará el nombre de patio de honor. Las características arquitectónicas de Oriente y Occidente aparecerán en dos vastas salas, que unirá un soberbio arco triunfal de entrada, coronado por grupos de estatuas simbolizando las dos civilizaciones. Otro arco, de proporciones gigantes, dará ingreso á la sala denominada del Sol y las Estrellas. Remate de dicho arco, que medirá 48 metros de luz, será la estatua ecuestre del guerrero árabe que reproduce una de las fotografías que componen la presente página.

La Exposición de Panamá será, pues, por su grandiosidad, en un todo digna del gran acontecimiento que conmemora.



Cabeza de uno de los elefantes que han de componer el colosal grupo titulado "Naciones de Oriente"

UNA ESTATUA COLOSAL



ESTATUA DE UN GUERRERO ARABE, QUE FORMA PARTE DEL GRUPO, TITULADO "LAS NACIONES DE ORIENTE", Y QUE FIGURARÁ EN LA EXPOSICIÓN DE PANAMA, EN SAN FRANCISCO

EL INVIERNO EN LONDRES



Aspecto del "hall," de un gran restaurant de Londres, á la hora de la comida

La vida social en Londres ofrece dos grandes períodos de actividad, denominados *seasons*. Uno de ellos, invernal, da principio hacia fines de Enero y dura hasta Pascua; el otro, más brillante y animado, porque le prestan luz y vida los destellos del sol primaveral, transcurre en pleno Junio.

Pero la *season* aristocrática y distinguida, por excelencia, es la que envuelven las densas, plomizas brumas del Támesis. Hasta la aparición del automóvil, solía palidecer un poco al iniciarse ahora la época de las grandes cacerías; mas, generalizado el *motor-car*, suprimidas las distancias, los devotos de San Huberto pueden acordar sus aficiones cinegéticas con la vida del gran mundo, cazando durante el día en las vastas propiedades rurales y acudiendo de noche á los salones, á los *clubs* y á los teatros londinenses.

De esa vida *smart*, refinada, archiaristocrática, de la buena sociedad de Londres, el aspecto más característico son las *dinner parties*, ó comidas de invitación en los *clubs* y hoteles de primer orden. Tal amor tiene el *gentleman* londinense á estos banquetes, que bien pudiera economizarse en sus palacios el costoso *chef de cuisine*. Una escritora inglesa comentaba este absentismo del *home*, con esta frase irónica: «Nadie hay más pobre que un



El New Bond de Londres, á la hora de las compras

rico de Londres. Son gentes que carecen de hogar. Se desayunan en el hotel, toman el té en el restaurant y comen en el *club*.

La comida en los grandes hoteles es acto de rigurosa etiqueta, al que concurren las damas ataviadas con sus más lujosas *toilettes* de recepción y teatro, y ellos de punta en blanco, suponiendo tal práctica elegante uno de los capítulos más elevados en el presupuesto de un particular ó de un matrimonio adinerado.

No menos típica en la vida de la gigante urbe inglesa es la costumbre del *shopping*, de la hora espléndida en que las joyerías, las tiendas de confecciones y los talleres de los grandes modistos, atraen á las bellas mariposas femeninas con el centellear de sus escaparates, incendiados en luz y plenos de tentaciones. La hora de las compras, de ese tiránico *shopping* que absorbe buena parte de la actividad de la mujer inglesa, es una de las que mejor hablan al extranjero, paseando su curiosidad ó su aburrimiento por el mágico Bond Street, de las intimidades del espíritu británico, un poco ingenuo dentro de su indiscutible grandeza práctica, fruto de la experiencia. Es un cuadro análogo al que presenta la *Rue de la Paix*, en París, al atardecer; cuadro brillante de lujo y de riqueza, inolvidable una vez entrevisto.

LA ESFERA

DE LA VIDA INGLESA



LOS ALREDEDORES DE LA ABADIA DE WESTMINSTER, EN LONDRES, AL OBSCURECER

Así como la Avenida del Bosque de Bolonia, en París, ofrece al obscurecer un cuadro típico y altamente pintoresco, en el opulento Londres las cercanías de la histórica Westminster presentan en ese melancólico espirar del crepúsculo, una fase bien característica de la intensa vida que palpita en la colosal metrópoli y que se concentra con las primeras horas de la noche en dicho paraje, uno de los más concurridos de la ciudad



BELLAS ARTES TRES CUADROS CÉLEBRES



Los robos artísticos ◇ Otra joya de la pintura flamenca que desaparece de España ◇ "Las primeras nieves", de Bisrbof
Las compras fabulosas ◇ Tres millones quinientos mil francos por una "madona" de Rafael

DESPUÉS del Van-der-Goes, arrebatado por Alemania, he aquí otra admirable obra flamenca que desaparece de España. Y á juzgar por las fotografías que reproducimos, superior á *La adoración de los reyes*, del gran zelandés.

Estaba en la sacristía de la Real Parroquia de Santa Cruz, de Nájera (Logroño), á cuya iglesia se trasladó hace setenta años, desde el Monasterio benedictino de Santa María la Real, y es obra indudablemente, de uno de los grandes pintores flamencos del siglo xvi.

Por la riqueza del colorido, por la seguridad pasmosa y serena del dibujo, por la composición acertadísima de las figuras, su autor puede competir con Van der Weyden, y tenía, además, para los españoles, la significación de ser retratos de figuras históricas. Los Reyes Católicos, doña Isabel I y D. Fernando V; doña Juana la Loca y D. Felipe el Hermoso; doña Beatriz Galindo y el Conde de Tendilla estaban representados, según costumbre de la época, en los personajes bíblicos del tríptico.

No debió ser tarea fácil ni breve la de robar la admirable obra artística. Medía tres metros y medio, y sus tableros pesaban de 13 á 14 arrobas.

Fué en una noche de Pascua. Noche de holgo-



Tríptico de la escuela flamenca, robado en la Parroquia de Santa Cruz, de Nájera (Logroño)

rio y de alegría. Aunque en las casas las familias se reunían para celebrar la fiesta conmemorativa, los mozos iban de ronda por las calles del pueblo.

A la una y cuarto se apagó la luz eléctrica y lo que entonces se pensara accidente fortuito vieron á la mañana siguiente que había sido una precaución más de los ladrones, cortando la corriente por medio de habilísima lazada.

No hubieron tampoco de violentar las puertas de la iglesia. Con llaves hechas de antemano las abrieron y las cerraron. A vivir en otro siglo imaginárase la intervención sobrenatural. En éste de literaturas policíacas, y sobre todo de ventas fabulosas, no se puede pensar en intervenciones de más allá de la vida humana.

Los ladrones no habían regateado la recompensa del trabajo de sus cómplices. Hombrés inteligentes y codiciosos, sabían que los cientos, incluso que los miles de pesetas que ahora desembolsaran serían siempre una cantidad irrisoria en comparación de la que habían de abonar si el despojo se hiciera á la luz del día y de la ley.

□□□

Un multimillonario yanqui, el rey de la electricidad, Mister Widenor, acaba de adquirir la célebre *Madona* de Ganshauger, en tres millones quinientos mil francos. Este cuadro de Rafael, se vendió el año 1780, en setenta y cinco mil francos.

No es nuevo el caso de semejante desproporción en los precios. Desde Pierpont Morgan, los millonarios americanos se han acostumbrado á poner en la misma balanza su vanidad y sus millones.

Hemos llegado á un extremo en que no se sabe el valor exacto de los cuadros y en que peligrará la riqueza de las pinacotecas nacionales, en beneficio de las particulares.

Hace años se pagó por un paisaje de Rembrandt, de la colección Landsdowne, un millón de francos; Pierpont Morgan, pagó por un dudoso Rafael, otro millón. *La Venus del espejo* y un retrato ecuestre del *Conde Duque de Olivares*, de nuestro Velázquez, fueron adquiridos

para la National Gallery de Londres y para la colección de Mr. Huntington, en un millón setecientos mil francos y en dos millones de francos respectivamente.

Y menos mal cuando se trata de artistas que ya han muerto. Lo triste es cuando el autor de la obra vendida vive todavía.

Es el caso reciente de Degas.

Degas, viejo, enfermo, teniendo que trabajar cotidianamente para no morir de hambre, ha visto pagar cuatrocientos cincuenta mil francos por su cuadro *Dansenses á la barre*, que vendiera hace treinta y cinco años en 1.500 francos.

Inevitablemente se recuerda la caricatura amarga y dolorosa de Forain.

Ante un cuadro en venta, varios ricos aficionados, ofrecen cantidades.

—Cincuenta mil francos... sesenta mil, cien mil, ciento diez mil...

Y detrás de ellos, una mujer harapienta, enflaquecida, mira el cuadro de un modo trágico y desesperado. Junto á ella una niña se levanta sobre la punta de los piecitos desnudos y dice señalando el lienzo objeto de tan elevada su-
basta.

—¡Un cuadro de papá!

SILVIO LAGO



"Una virgen", de Rafael, comprada por el rey de la Electricidad en 3.500.000 francos



"Las primeras nieves", cuadro de Bisrbof, que ha desaparecido de la pinacoteca de Munich

VALLADOLID MONUMENTAL

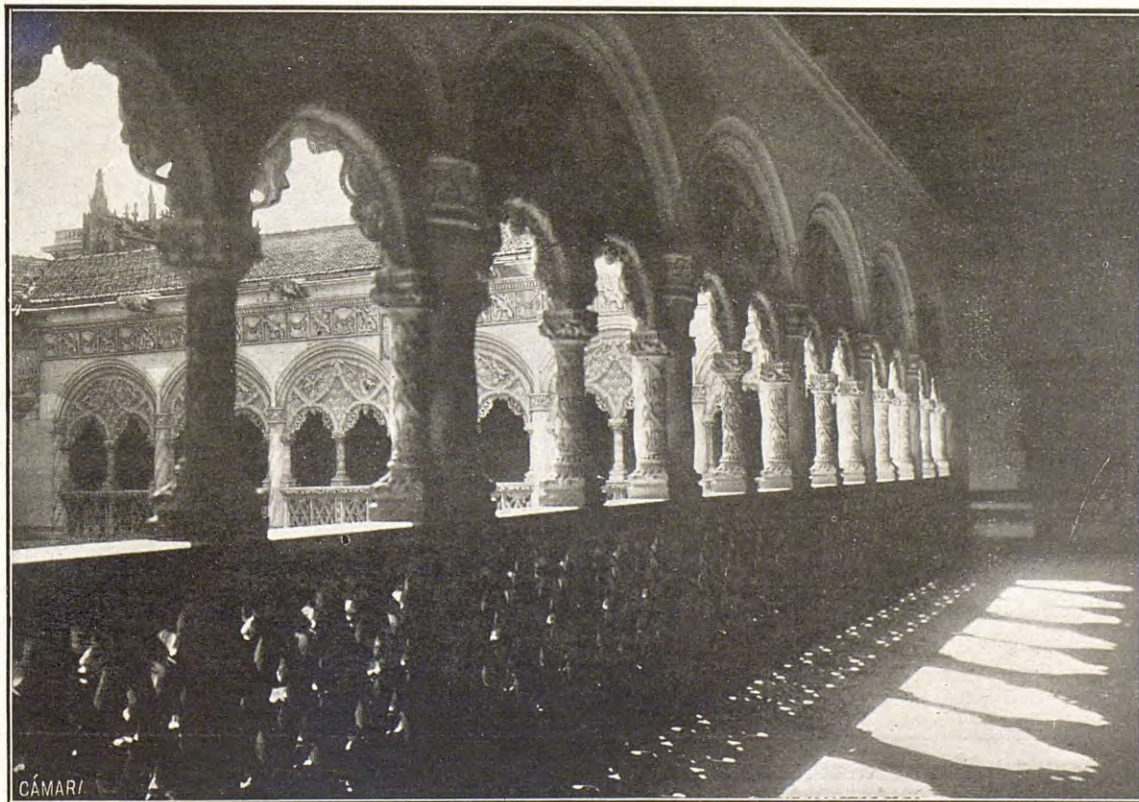


Patio del antiguo colegio de San Gregorio, notable monumento que atesora grandes bellezas artísticas

FOT. VADILLO

Entre las joyas arquitectónicas que encierra Valladolid, y que rememoran sus pretéritas glorias de capital del reino de Castilla, el Colegio de San Gregorio ocupa lugar preeminente. Obra admirable del Renacimiento, debió su fundación al obispo D. Alonso de Burgos, á fines del siglo xv. Aparte de su fachada, preciosa muestra del arte de la época, que tantas maravillas dejó en las ciudades castellanas, sobre todo en Salamanca, Burgos y Toledo, lo verdaderamente portentoso en este edificio es el patio principal, cuya fotografía publicamos.

Doble galería y en cada lienzo seis arcos de aplanada curva, sobre columnas espirales, for-

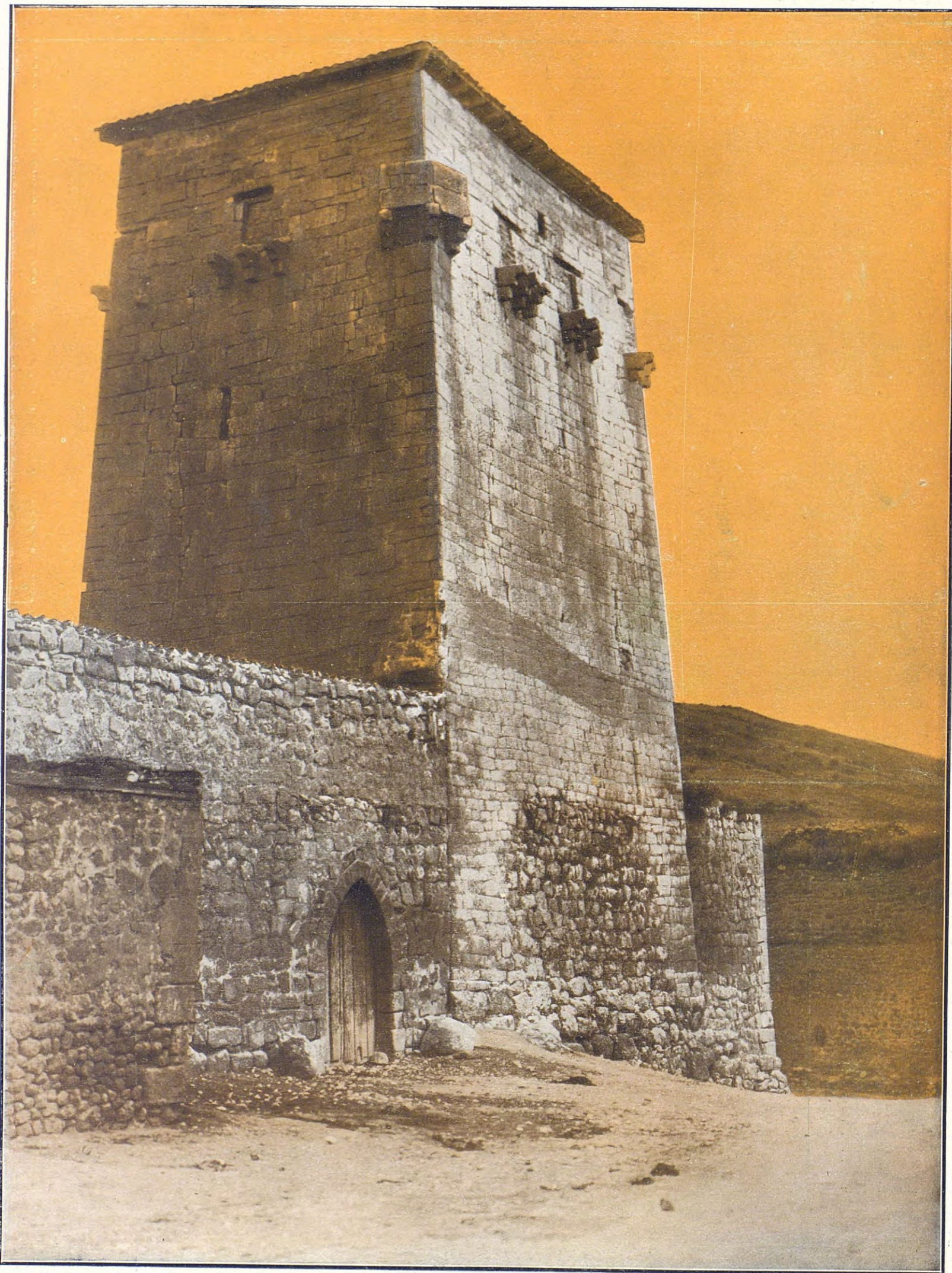


Detalle de las galerías del colegio de San Gregorio

FOT. SANTOS PEÑA

ma este patio de todo punto suntuoso. En el claustro alto aparecen dos magníficos orlados colgadizos, festoneados por una gruesa guirnalda, entre cuyos huecos asoman unos angelitos en campo flor-delisado, motivo de decoración que abunda en el edificio. Mayor primor en el estilo gótico conservan los calados rombos del antepecho, por bajo del cual circuye el friso inferior una cadena de piedra; en el superior alternan haces de flechas con nudos gordianos, gloriosas divisas de los Reyes Carólicos, y de la cornisa avanzan caprichosas gárgolas del mejor gusto. Es este claustro de los más bellos que en su estilo posee España.

MONUMENTOS HISTÓRICOS



TORREÓN EXISTENTE EN COVARRUBIAS (BURGOS), DONDE, SEGÚN LA LEYENDA, MURIÓ LA REINA DE LEÓN,
DOÑA URRACA, MANDADA EMPARENDAR POR SU PADRE, FERNÁN GONZÁLEZ

FOT. BORRELL Y GARCÍA

LO QUE FUÉ
Los Teatros en el año 1875

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



RAMÓN ROSELL

Al presenciar, hace poco, el reestreno de la zarzuela titulada *La vuelta al mundo*, surgieron en mi memoria recuerdos de épocas pasadas que no fueron—preciso es decirlo—mejores que la actual. Sirva esta confesión como prueba de que la vejez no me induce ni á maldecir por pesimismo de lo presente, ni á cantar himnos de alabanza á todo lo pretérito.

Las comedias, salvo las contadísimas geniales, son flores de un día; «como el heno, á la mañana verde, seco á la tarde». Otras obras literarias, las novelas por ejemplo, se conservan más y mejor. Díjérase que las producciones teatrales, obligadas al ajeteo preciso para exhibirse al público, respirando la atmósfera de los salones de espectáculos, ajándose el rostro con pinturas y afeites, se marchitan pronto. Por el contrario, los libros que gozan de vida casera y están quietos en los estantes de las bibliotecas, siempre en silencioso retiro, logran dilatar su existencia, cuando no la abrevian en justicia sus propias é íntimas culpas.

La vuelta al mundo, que hace treinta nueve años, en cifra redonda, me produjo alegría, ahora me causa tristeza. Efecto de la edad que tengo... y de la que tiene la zarzuela á que aludo.

¡Qué tiempos aquellos, cuando Dolores Fernández, lucía en *Melchora* sus cualidades de mujer guapetona y de artista extraordinariamente graciosa! Entonces era joven Rosell y oíanse entre risotadas y aplausos los chistes de su papel y los de su cosecha. Del gran Francisco Arderius, no hay para qué hablar. Sus coplas hicieronse famosas, y la única sátira tolerada en aquel tiempo, cuando la prensa sufría régimen excepcionalmente opresor, era la que brotaba de los labios del celeberrimo actor, con el estribillo

¡Oh que Patria rica!
¡Oh que gran Nación!
¡Oh que magnífica
civilización!

Hubo también otra sátira, pero dedicada, no al régimen, á la sazón imperante, sino al caído. *Los cuatro sacristanes*, de Ricardo de la Vega, alegraron el verano madrileño de 1875 con sus frases intencionadas, alusiones ingeniosas y escenas que hoy parecerían de inocencia infantil.

Ricardo de la Vega, el insigne sainetero, empezaba entonces su labor gloriosa para el teatro español. Estrenó en 1875 *Providencias judiciales* en Variedades, en aquel teatrillo de la calle de la Magdalena, donde Vallés, Luján, Antonio Riquelme, Julio Ruiz y Federico Tamayo, juntamente con Mercedes García, Juana Espejo y las Rodríguez, constituían la Compañía que sirvió para que se revelaran ingenios después celebradísimos.

En el mismo año, un estudiante de Medicina, Vital Aza, obtuvo grandísimo éxito con *Aprobados y suspensos*, sainete donde se fotografiaba la vida interna del Colegio de San Carlos, evocándose la figura de algún respetabilísimo doctor, que hace muchos años dejó este valle de lágrimas.

Y con Vital Aza, el principiante que fué luego árbitro de los teatros festivos, surgió otro sainetero que hizo célebre el seudónimo *Andrés Corzuelo*, en las columnas de los periódicos diarios. Se llamaba Manuel Matoses y su sainete *A primera sangre*, burla donosísima de los lances de honor que se producen sin motivo, todavía se representa con aplauso.

En el año 1875, tuvo también Variedades el honor de presentar al público á un nuevo dramaturgo. La obra del novel, se titulaba *Un filósofo en fiambre*, y precedió á *El más sagrado deber*, *Los laureles de un poeta* y *La pasionaria*, dramas de D. Leopoldo Cano, que á estas fechas es ilustre general del Ejército, ocupa un sillón en la Academia y ni siquiera se acuerda de que haya teatro en el mundo.



EL TENOR TAMBERLICK

Las máscaras alegres gozaron de fortuna en 1875: no tanto el drama de D. José Echegaray, que á pesar de su posición de gran personaje político y ex-ministro, para los asuntos escénicos era un principiante, estrenó su tercer obra *La última noche*, que se salvó en el epilogo y por Vico, el incomparable cómico. Después de esta obra estrenó *En el puño de la espada*. Al nacer el teatro de Echegaray, que pujanza, qué gallardía, qué arranques de inspiración los de Vico, actor de sublimes improvisaciones de interpretación, tirano del público, que le aplaudía cuando el artista lo deseaba.

No fué sólo en *La última noche* y *En el puño de la espada* donde Vico obtuvo grandes aplausos durante el año á que me refiero. El estro de D. Manuel Fernández y González, sirvió espléndidamente á las arrogancias del insigne actor con *Cid Rodrigo de Vivar* y *La muerte de Cisneros*. Los versos de Fernández y González, recios, ampulosos, llenos del simpático orgullo de su autor, proporcionaron á Vico estruendosas ovaciones, y hasta sospecho que copiosos rendimientos, pero ¡ay! que el peculio del gran comediante, tuvo considerables mermas en la época que aludo. Se trasladó del Español á Apolo, teatro recién estrenado, y se propuso exhumar una obra del duque de Rivas, titulada *El desengaño en*



RAFAEL CALVO



JOSÉ ECHEGARAY

un sueño. Vico mandó pintar decoraciones, construir muebles, hacer trajes. Recuerdo muy bien que en la Carrera de San Jerónimo, y antes de que empezaran las representaciones de la famosa comedia, se exhibía la rica armadura destinada á Lisardo. Se representó *El desengaño en un sueño*, y el éxito literario fué el correspondiente á la obra y á su glorioso autor, pero los miles invertidos por Vico, no pudieron recobrase en la taquilla.

Por lo mismo, en los años posteriores, hablarle á Vico del de 1875, equivalía á evocar en su ánimo las más hondas tristezas. Tampoco estaban, por la misma época, muy contentos los demás directores de compañías serias. Rafael Calvo y Elisa Boldún, dos artistas soberbios, se mantuvieron en el Circo, pero dejando el campo, durante algunos meses, á Mariano Fernández, que se defendía, resucitando obras de magia como la que lleva por rótulo *Los polvos de la madre Celestina*.

En el Español, á la temporada siguiente de Vico, actuó Manuel Catalina, el discípulo predilecto de Julián Romea, cómico elegante, de maneras aristocráticas, más cuidadoso del vestir que de la adecuada y serena expresión de lo puesto por los autores en labios de los personajes.

Manuel Catalina, trabajaba con Julianito Romea; se llamaba Julianito, al que luego fué libretista muy afortunado y siempre cómico de singulares condiciones, sobrino del gran Romea, y padre del que actualmente sabe llevar bien el ilustre apellido con que se honra. Tampoco Manuel Catalina pudo lisonjearse de su campaña de aquel año. El que sí empezó su suerte en 1875, fué Emilio Mario, al estrenar el Teatro de la Comedia. Desde el primer día, el público sintió predilecciones por el local coquetón, alegre, simpático, donde á la vez que el director y empresario de fama merecida, aparecieron Ricardo Zamacois, uno de los más ilustres cómicos que han brillado en la escena española, y Dolores Fernández, que abandonando el Príncipe Alfonso, donde, como queda dicho, hacía el papel de *Melchora* en *La vuelta al mundo*, se trasladó á la Comedia para permanecer en la compañía hasta su eclipse total de la escena.

En 1875, restablecíase el sosiego público, harto quebrantado en períodos y agitación política constante. Echegaray, aparecía revolucionario, anunciando que iba á dar á la escena española, el vigor de que estaba necesitada. Había envejecido García Gutiérrez; Ayala, era ministro; Tamayo, mostrábase retraído, después de los disgustos que le ocasionaron las tesis de varias comedias posteriores á *Un drama nuevo*, y muy distantes de esta obra en mérito; otros autores conocidos, ó no trabajaban, ó trabajaban poco. No fué por lo tanto, muy lucido para el arte teatral, el año 1875. En lo lírico, Barbieri, con su *Barberillo de Lavapiés*, letra de Larra, y con números tan sugestivos, como el preludeo del cuarto acto de *La vuelta al mundo*, era el dominador de la escena zarzuelera, y en la más elevada, en la de la ópera, ejercía de soberana *Aida*, entonces flamante en el Real, que ya se llamaba así, después de haber ostentado algunos años el título de Teatro Nacional de la Ópera, aunque en él se cantaban en italiano, poemas con música de extranjeros.

De todo aquello que recuerdo ahora, ¿ha quedado algo? Apenas nada. ¿Se puede resucitar lo que entonces murió? No me parece fácil. La labor de los comediantes se ha desvanecido; la de los poetas—siempre salvando algún caso excepcional—se ha borrado también, aunque todavía se pueda leer los ejemplares de las comedias, un día aplaudidas y hoy olvidadas. Son los esqueletos de cuerpos, en que palpité la vida, la ardiente vida, que no ha de volver.

Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



Un vuelo durante la puesta del sol

FOT. DE LECHONA

LA TRAGICOMEDIA DEL AIRE

(POR TELÉGRAFO)

ESPERANDO

La población en masa se dirige al campo de Bellas Vistas, donde aterrizará el famoso aviador Pecugnet, que con este vuelo batirá todos los campeonatos conocidos.
La expectación es enorme.

LA LLEGADA

A las diez, treinta y un minutos, siete segundos y medio tercero, toca tierra Pecugnet con su monoplano *Invencible I*.
Ha hecho quinientos kilómetros en dos horas y cuarto, atravesando el mar y las cordilleras más altas.
Entusiasmo delirante.

RECEPCIÓN OFICIAL

La multitud se disputa el honor de conducir en hombros al aviador hasta la Casa Ayuntamiento. Verificase recepción oficial, desfilando ante Pecugnet autoridades, centros, corporaciones, comisiones, milicia, iglesia, magistratura, etc., etc.
En pergamino artístico, entregóse solemnemente á Pecugnet, título triple de hijo adoptivo, hijo predilecto é hijo atmosférico de la localidad.
Vivas, aclamaciones, música.

EL BANQUETE

A las dos termina el banquete en obsequio del heróico aeronauta.
Pronúncianse numerosos y entusiastas brindis. Gómez, opositor á cátedras:
—«Por el Icaro moderno, de alas de acero». García Homais, boticario librepensador:
—«Por la supremacía del Poder natural, racional y cultural». López, profesor de Preceptiva literaria:

—«Por Prometeo, desencadenado y triunfante». Pérez, flor natural, que dice en verso:

«Yo elevo mi humilde canto
(alzando una copa de cazalla)
por el que al rasgar el tul
(señalando á Pecugnet)
del cielo y su inmenso manto,
(extendiendo los brazos)
reina en espíritu santo
como la paloma azul.
(Con energía)
¡Aquí y en Stambul!»
(Bebe y se sienta).

Clamorosos aplausos.

LO QUE ME HA DICHO MR. PECUGNET

He tenido ocasión de hablar á solas con el intrépido aviador. Es un hombre ilustrado, modesto y simpático.

Sobre el problema de la aviación, se ha expresado en estos términos:

—La aviación, es hoy por hoy un *sport* de muerte, según ha dicho un gran sabio: Edisson. ¿Le arrancará, por fin, la ciencia, su secreto á la Naturaleza? ¡Quién sabe!

Luego añadió:

—Acabo de ganar el gran premio combinado de altura, distancia, velocidad y estabilización en un solo *raid*. Doscientos mil francos, que sumados á otros tantos que tengo ya, me hacen una bonita fortuna. Mi vuelo de esta tarde, para el que estoy aquí contratado, será el último. Enseguida me retiraré á mi país natal á vivir de mis rentas y á visitar mis propiedades en lentas y tranquilas caminatas en burro. Y en lo sucesivo, como dijo un maestro también al retirarse, *après fortune faite*... que vuelen los pájaros.

HORRIBLE CATÁSTROFE

Ante una muchedumbre inmensa, elevóse Pecugnet desde el aeródromo, realizando vuelos maravillosos, de todas formas; rectos, curvos, altos, bajos, ondulantes, circulares, giratorios, invertidos, un asombro de perfección y gallardía.

De pronto, habiéndose remontado y comenzando á descender, cerniéndose pausada y majestuosamente, precipitóse el *Invencible I* con estruendo, como en un vértigo (el de las alturas).

El aparato fué á chocar contra el acantilado inmediato al aeródromo.

Pecugnet ha sido recogido muerto y medio carbonizado.

PASAJERO ILESO

Me entero, sorprendido, de que el infortunado aviador llevaba un pasajero que está sano y salvo.

Me apresuro á celebrar con él una entrevista y me refiere lo siguiente:

—Yo me hallaba en el aparato sin darme cuenta, en el instante en que arrancó. Me dejé ir, sin que tampoco notara mi presencia el aviador. ¡Soy tan poca cosa! Empezábamos á bajar cuando brotaron algunos chispazos. Oí decir para sí al hombre:

—*Parbleu! C'est le depot.*

Y ¡plón! un estallido, y el pájaro aquél que principia á arder dando volteretas. Yo pude desprenderme huyendo de la quema y poco á poco fuí bajando, bajando hasta posarme en este arbol. Tal es la explicación de la catástrofe.

QUIÉN ERA EL PASAJERO

Olvidéme telegrafiar quién era el pasajero. Era un mosquito.

Por el corresponsal,
JOSÉ DE LASERNA

LA FURLANA

Típica danza veneciana
puesta de moda
en los salones aristocráticos



La *furlana* ha cesionado al tango argentino en los salones de Roma y de París. Es la danza de moda.

Esta *furlana*, ó *forlana*, como se decía en los libros de hace ciento cincuenta años, es de una antigüedad respetable. La *Enciclopedia* de Diderot y d'Alembert le dedica estas líneas: «Es una danza muy popular en Venecia, sobre todo entre los gondoleros. Está en compás de seis por ocho y en movimiento bastante vivo, midiéndose á dos tiempos. Se llama *forlana* porque procede

del Frioul, cuyos habitantes son designados con el nombre de *forlans*.» Esta danza, hizo su primera aparición en los palacios en el siglo xvi.

Naturalmente, al reaparecer la *furlana*, tras larga prescripción, en la buena sociedad de la vigésima centuria, ha sufrido considerables modificaciones. Dicen quienes la han visto bailar, que es una danza sencilla é interesante, y, desde luego, mucho menos fatigosa que cualquiera de los bailes de salón modernos.



Varios pasos del nuevo baile aristocrático "La furlana"

NOTAS CIENTÍFICAS LA SEMANA DE TRES JUEVES

Todo el que ha navegado en viaje largo, habrá tenido ocasión de observar que en la hora próxima al mediodía, se reúnen los oficiales del barco en el puente del mismo, y desde allí, y con unos aparatos, otean el horizonte al parecer. Realmente están determinando la hora exacta del mediodía; las doce de aquella singladura ó jornada.

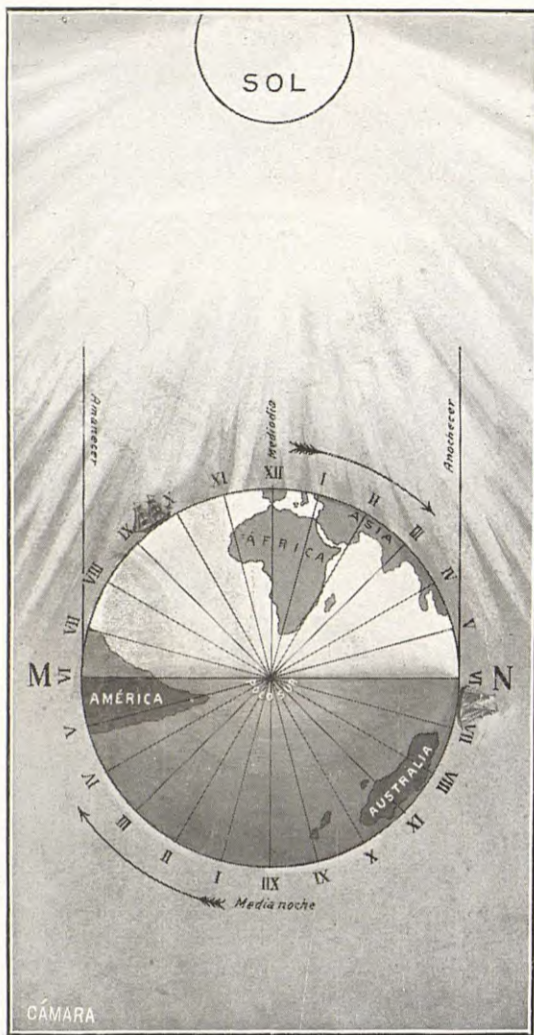
Porque nadie ignora, que dependiendo la hora de un lugar, de la posición que el sol ocupa con respecto á él, marcarán los relojes de un paraje la hora del amanecer, cuando desde este lugar, en el volteo incesante de la Tierra, se atisbe el sol, rasando su horizonte; en la posición M: será mediodía cuando culmine el sol, como en la figura está representado para España, y terminará el día para el mismo lugar, cuando pase á ocupar la posición N, y tras el horizonte que parte de esta posición, desaparezca el astro del día.

En el barco que navega, al ocupar distintas posiciones conforme avanza, habrá que corregir la hora, y esto se hace, rectificando todos los días la hora del mediodía.

Además: no se olvide, que en un instante cualquiera, será el amanecer para América (según la figura), mediodía en España y el crepúsculo de la tarde extenderá su mortecina luz sobre Asia.

Dicho ésto, que es tan vulgar y conocido por todos como necesario para exponer la curiosidad científica que me propongo hacer patente, supongamos que un día cualquiera, un jueves por ejemplo, de no importa qué año, sale de Cádiz un barco hacia el Atlántico, y navegando hacia Poniente. Al salir, su capitán lleva á bordo la hora del puerto, del cual salió en esa fecha al mediodía.

Supongamos que es un barco de poco andar, un velero al cual no favorece el viento. Unos quince días después, se habrá alejado cerca de quince grados, por ejemplo, de Cádiz, debajo del punto que en la figura tiene marcado XI horas; otros quince días más tarde, estará en las X horas, y quince días después, en las IX horas. Veamos la que señala el reloj de abordo, en el cual se ha corregido la hora todos los días, después de los cuarenta y cinco de navegación. En el instante de ser mediodía en Cádiz, al cabo de esos cuarenta y cinco días de la



partida, el reloj de abordo señalará justamente las nueve de la mañana.

Claro es que no ha transcurrido menos tiempo para el barco que para Cádiz; pero el reloj que el velero lleva, ha señalado tres horas menos. Los que en él navegan, han vivido aparentemente ese tiempo menos. Sigue el barco navegando, y al estar en M, próximamente en el Canal de Panamá, ya inaugurado en la fecha supuesta por nosotros, próximamente á los ciento veinte días de la partida, amanecerá para el barco cuando sea mediodía en Cádiz, y hayan transcurrido justamente esos ciento veinte días.

Así, continuando el viaje de circunnavegación, al navegar el buque por el Pacífico, en la posición que sobre nuestro dibujo corresponde á la región inferior, de la cuenta del reloj de abordo faltarán doce; y diez y ocho al abandonar los parajes que en la figura llevan encima la letra N, para, atravesando el mar Rojo, regresar por el Mediterráneo á Cádiz.

Supongamos que al dar vista á este puerto, transcurrido el año, es la hora próxima al mediodía, y no olvidando que á bordo se han contado veinticuatro horas menos, es decir, un día; si el de la semana que marca el calendario de abordo, cuyas hojas se han arrancado todos los días, es miércoles, la tripulación se encontrará que ha llegado el jueves según los calendarios de la población, y contará como jueves, por lo tanto, el siguiente día.

Puesto que el supuesto no cuesta ni trabajo ni dinero, figurémonos ahora que un año antes, y á la vez que salió el buque velero que nos ha servido para el ejemplo, con dirección al Atlántico, salió otro también de Cádiz, con el mismo andar y navegando hacia Levante por el Mediterráneo. Y como en el reino de lo imaginado todo es posible, supongamos que rinden viaje en Cádiz el mismo día y á la misma hora. ¿Qué fecha traerá este segundo barco? Pues por las razones mismas, pero obrando en sentido contrario, el calendario de este segundo barco, señalará un viernes el día de la recalada.

Para este barco fué jueves el día anterior, en Cádiz marcarán los calendarios jueves aquel día, y será el siguiente para la tripulación del primer buque, que navegó hacia Poniente.

Tres jueves en la misma semana.—RIGEL

CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS
ESTÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICAS
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARÍS

36, B.P. DES ITALIENS

S.^t PETERSBOURG
21, MORSKAYA

KISLOVODSK
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU
6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO
AVENUE PIERRE BLANC
MONTMORENCY FRANCE



LA BUENA ENVIDIA

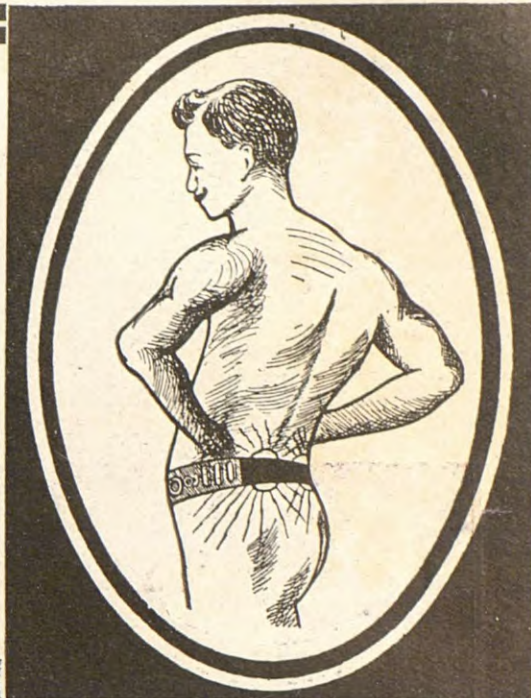
—¿Por qué no estaré tan sano y tan fuerte como él?
—Porque usted que sufre, no quiere emplear el verdadero remedio natural del cuerpo humano, que es la electricidad. Empléelo y sus sufrimientos y debilidades cesarán como por encanto y la fuerza y la salud volverá poco a poco, pero seguramente, y sobrepasará la de ese hombre que usted admira.

La electricidad, aplicada racionalmente, es decir, por espacio de seis á ocho horas consecutivas; en el momento propicio, ó sea durante el sueño, en que el organismo está en reposo y por corrientes continuas y suaves, las tres condiciones esenciales para que cure, procura á los órganos, á los músculos y á los nervios, agotados, enfermos, la vitalidad perdida.

La electricidad cura las enfermedades del **estómago**, procurando á los músculos y á las glándulas secretales, una nueva vida; una nueva fuerza; restablece el **equilibrio nervioso**; cura la terrible **neurastenia**. La electricidad devuelve á los músculos y á los nervios del **organismo sexual** la potencia y la salud perdida.

El "Electro-Mart"

es la aplicación más sencilla y más práctica de la electricidad, para los casos ya citados. Si desea darse cuenta de ello, pida hoy mismo el catálogo gratuito, que contiene la aplicación de este método racional. Escriba al Sr. Director del Gabinete B. E. Mart, Boulevard de Picpus, 49.—PARIS.



Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la

Librería de San Martín

Puerta del Sol, 6, Madrid

☐ VENTA DE NÚMEROS SUELTOS ☐

Representantes exclusivos de esta Revista en la República Argentina:

Massip y Comp.^a

Rivadavia, 698, BUENOS AIRES

La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: **Francisco Verdugo Landi** ☐ Gerente: **Mariano Zavala**

Número suelto: 50 céntimos

Se publica todos los sábados

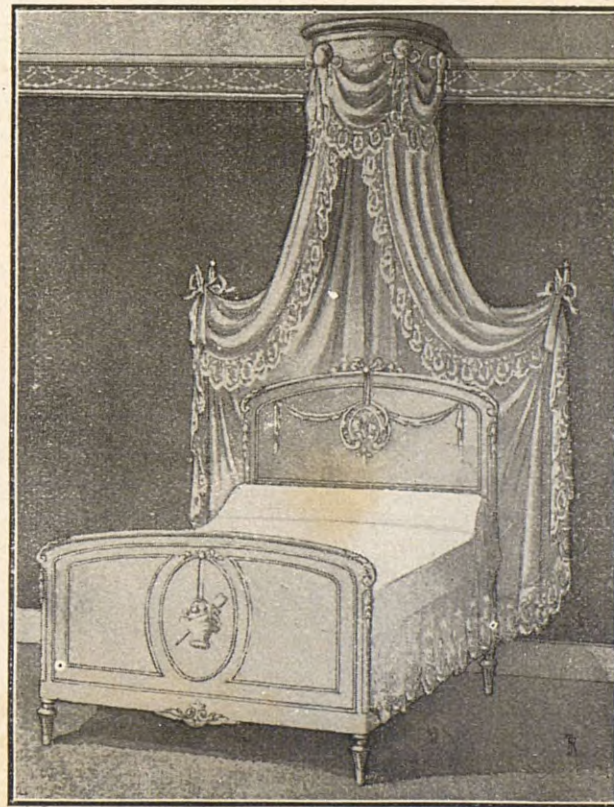
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA	EXTRANJERO
Un año. 25 pesetas	Un año 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . . 25 „

PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◊ Apartado de Correos, 571 ◊ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◊ Teléfono, 968 : : :

SANTOS RIESCO



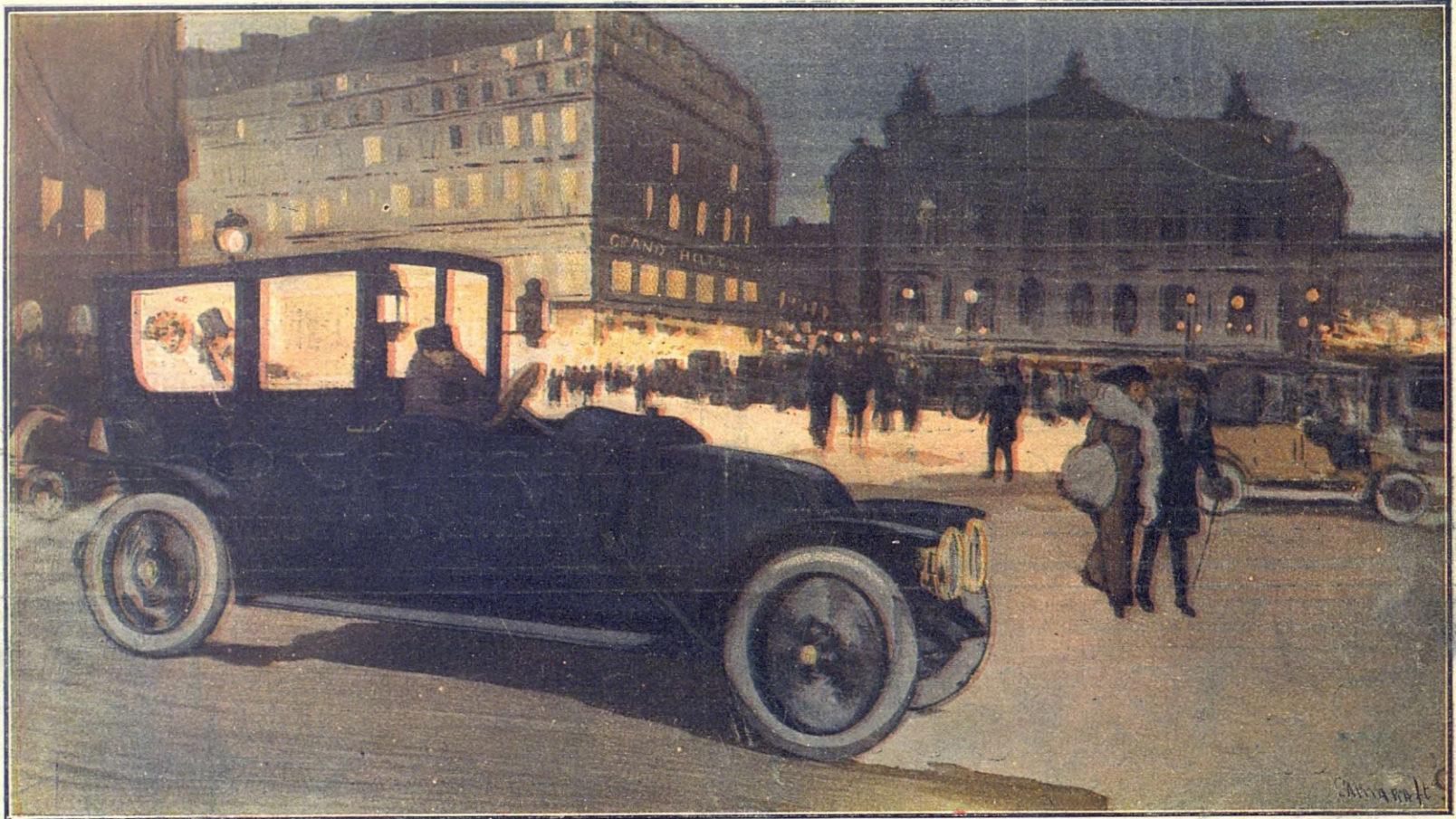
MUEBLES DE LUJO

Salones • Gabinetes • Alcobas • Comedores

35, ALCALA, 35

Automóviles Renault

Proveedor de la Real Casa



el coche Renault agrega a sus cualidades de elegancia y de mucha duración, la de tener una suspensión maravillosa

TALLERES Y GARAGE:
AVENIDA PLAZA TOROS, 9

SALÓN DE EXPOSICIÓN:
ARENAL, 23, MADRID



res. / 137

